

# Substrato de las etnias prerromanas en el Valle del Ebro y Pirineos

Francisco Burillo Mozota\*

## ABSTRACT

*In the Middle Bronze Age, the Eastern Iberian System was linked with the Levante and the Southeast. The area around Huesca adds its own indigenous cultural developments and trans-Pyrenean influences and the area comprising the Northwest of the Iberian System and Upper Ebro produces an overall picture similar to the pre-Cogotas phase of the Eastern meseta that challenges invasionist theories of Cogotas I.*

*The Later Bronze Age saw a break with the past. Towards 1100 B.C. the first Urnfield cultures appeared along the Cinca-Segre axis as far as the Lower Aragon with indigenous features such as the tumulus necropoleis and rectangular houses already present in the Middle Bronze Age. At the beginning of the Late Bronze Age III new settlements were founded in the centre of the Ebro valley, subsequently being expanded to neighbouring areas with their own character, such as the Lower Aragon. Between 550 and the beginning of the 5th century B.C. there was a break in this process with numerous settlements being destroyed or abandoned.*

*At the height of the Iberian Age new occupation and a change in the funerary ritual distinguish the Celtiberian and Iberian ethnic groups archaeologically from some territories with their own character, such as the Lower Aragon. The building of cities is pre-Roman, reaching its maximum development in the 2nd and 1st centuries B.C.*

## RESUMEN

*Tras el Bronce Medio, el Bronce Tardío es un momento de ruptura. Hacia el 1100 a. C. llegan los Campos de Urnas desde el Cinca-Segre al Bajo Aragón, con elementos indígenas como necrópolis tumulares y casas rectangulares originarios del Bronce Medio. En el Bronce Final III hay nuevos poblados en el valle del Ebro y zonas vecinas, como el Bajo Aragón. Entre el 550 y principios del siglo V a. C. se interrumpe el proceso y numerosos asentamientos se destruyen.*

*En el Ibérico Pleno se diferencian grupos étnicos celtiberos e íberos con territorios con personalidad propia que comprendían varias ciudades independientes cuya formación, que es anterior a Roma, alcanza su máximo desarrollo en los siglos II-I a. C.*

## 1. INTRODUCCION

La redacción de la ponencia sobre «etnogénesis» del valle del Ebro ha supuesto una necesaria reflexión sobre el concepto de etnia, su proceso formativo, así como sobre los indicadores arqueológicos que nos van a permitir diferenciar las etnias. En la búsqueda de trabajos realizados por otros autores se echa en falta la escasa preocupación por los aspectos teóricos y metodológicos de este tema, lo que conduce a una falta de claridad terminológica y conceptual.

La definición de etnia no sólo lleva implícito el desarrollo de una estrategia investigadora para su estudio, sino también otro, que por subyacente, no es menos importante, como es su implicación con la sociedad actual. No es casual la convocatoria de este congreso sobre etnias, ni que haya coincidido en este año de 1989 con otro de Arqueología Espacial sobre Fronteras, y otro internacional de Antropología, celebrado en Zaragoza, sobre el tema de Nacionalismos, o que las V Jornadas de Folklore y Cultural Tradicional, a celebrar en Pamplona, lo sean sobre el tema de Folklore e Identidad de los Pueblos. Conscientemente o no, la elaboración histórica refleja la inquietud del historiador que la realiza, y por ende del momento social en el que vive. El término de etnia se ha empleado como sinónimo de nacionalidad (Vilar, 1980), y es precisamente el tema de los nacionalismos el que preocupa actualmente a un buen número de países, entre ellos a España. No es éste un tema baladí, sino altamente trascendente. En todos queda presente la utilización política que se ha hecho, y se hace, de la Historia, bajo la errónea identificación de una etnia con una lengua, una raza y una cultura, y cómo ciertas ideologías han hecho bandera de esta identidad para justificar su prepotencia y expansionismo.

## 2. SOBRE EL CONCEPTO DE ETNIA

Si bien las investigaciones sobre etnias han sido frecuentes en el campo de la Antropología, no existe un acuerdo sobre su definición, ya que la propia riqueza conceptual de este término lo convierte en ambiguo.

Se puede definir una etnia (vid. Azcona, 1988) como un colectivo humano con conciencia social de grupo, definido, al menos en un momento de su historia, en el territorio, cuya homogeneidad y heterogeneidad de hábitos y costumbres hace creer en la existencia de un origen, de sentimientos y de un destino comunes. Sin embargo hay una gran variabilidad en la forma en que se alcanza este sentido de conciencia, existiendo discrepancias para determinar si la identidad surge al inicio o es fruto de un proceso continuum. Es éste uno de los puntos claves en la reflexión para aceptar cuándo nos encontramos con una etnia, ya que para unos, como elaboración ideológica de una conciencia de grupo, viene vinculada a la aparición del estado, y para otros puede encontrarse en una sociedad políticamente tribal. Este último camino abre nuevas posibilidades, ya que la organización tribal presenta grandes variaciones que podemos

\* Colegio Universitario de Teruel

encontrar entre dos extremos (Sahlins, 1972): en el inferior las sociedades tribales segmentarias, acéfalas en su poder político, y en el superior las que alcanzan el grado de cacicato o jefatura, que implican una estructura jerarquizada del territorio, con la aparición del no productor (Nocete, 1984). Refiriéndonos a aspectos precisos del territorio en estudio podemos concretar todo ello en una pregunta: ¿Podemos considerar a belos, lusones, etc. como una etnia? y en caso positivo, ¿a partir de qué momento?

La investigación del proceso formativo de las etnias se hace compleja dado que los cambios y las variaciones pueden darse en las dimensiones temporal y espacial. El territorio en estudio puede quedar fijo como lugar de referencia, pero las variaciones étnicas existentes en el mismo a lo largo del tiempo no tienen por qué ceñirse a sus límites. Una visión diacrónica de las etnias podrá mostrar si existen o no desplazamientos, y si hay una ampliación o disminución de su territorio.

Pero el proceso no es sólo espacio temporal, sino que trasciende a las características intrínsecas de las etnias sujetas a una dinámica evolutiva que no es homogénea. No se debe pensar en un proceso lineal, de estructuras sociopolíticas estables en el tiempo; la evolución puede realizarse con distintos ritmos, dependiendo no solamente de su propia dinámica interna sino de las influencias externas, tanto de otros grupos humanos, con los que suele existir interacciones mutuas, como de las variaciones ambientales existentes, y así mientras en unos casos aparecen ancladas en el tiempo, en otros existe una verdadera aceleración en su proceso de transformación.

Sin embargo, como veremos en las páginas siguientes, estamos lejos de contar con los medios para alcanzar estos objetivos, pero bueno es tenerlos como meta hacia donde dirigir la investigación.

### 3. SOBRE LA RELACION DE ETNIAS PRERROMANAS Y LOS GRUPOS SOCIALES CON ENTIDAD TERRITORIAL

Es en los escritores clásicos donde encontramos identificadas una serie de agrupaciones humanas con entidad territorial, y que quedan definidas bajo distintos términos: *ethnos*, *gens*, *populus*, *tribus*, etc. Frecuentemente se han traducido estas comunidades como tribus llevando con ello implícita una connotación sociopolítica que implicaría una organización tribal. Sin embargo cuando aparecen la mayor parte de las menciones en el valle del Ebro, esto es a partir del siglo III a.C., nos encontramos con que está comenzando a surgir una organización estatal, en la que la ciudad, y no la etnia, parece ser el elemento básico. De forma que las referencias, a partir de estos momentos, sobre estos grupos humanos no deben dárseles un sentido político, los rasgos que lo definen o identifican serán de otro tipo, llegando a tener el significado geográfico de región: región Sedetania (Plinio III, 24), región de los ilerjavones (Plinio III, 21). Sin embargo, como vemos en Estrabón (III, 1, 6),

el nombre de las regiones puede venir, además del nombre del pueblo o etnia que lo habita, por criterios geográficos; de ahí que existan casos, como el citado por Plinio (III, 13) para Baeturia, de una región con dos etnias.

Respecto a la entidad de los grupos que se describen en las fuentes, y dejando aparte las menciones a populos, vinculados a los habitantes de una ciudad determinada, encontramos citadas agrupaciones superiores que se pueden definir como «grupos étnicos»: iberos, celtíberos, que ocasionalmente se subdividen con criterios geográficos, caso de la Celtiberia Citerior y Ulterior, y que agrupan a las etnias propiamente dichas. Sin embargo en éstas existen al menos dos grados. El de menor amplitud, que hace referencia a grupos humanos de pequeña extensión y cuya existencia sólo trasciende ocasionalmente ante citas muy concretas, así Polibio (3, 35, 1) al relatar el paso de Aníbal por el Pirineo nombra a los bargusios, airenosios y andosinos. Las otras menciones corresponden a etnias de mayor extensión territorial que, en el momento en que surgen las ciudades, agrupan a varias de ellas, y que en muchos casos darán nombres a regiones geográficas. Hasta hace muy poco tiempo se creía, a partir de las fuentes epigráficas indígenas y latinas, en la existencia en el área celtibérica de organizaciones gentilicias con entidad territorial. Correspondían, pues, a las unidades de menor categoría en que se podían dividir a las etnias. Sin embargo una correcta interpretación de los textos (Faust, 1979; González Rodríguez, 1986) ha demostrado que los actualmente denominados como «genitivos de plural» tienen distinta entidad que las *gentilitates* y *gentes*. Corresponden a unidades parentales similares a una familia extensa, con un ancestro común muy próximo en el tiempo, lo que hace que no puedan equipararse con clanes o linajes. Tienen entidad jurídica para acogerse a pactos de hospitalidad, pero carecen de criterios territoriales, de hecho cuando existe una referencia en este sentido siempre se nombra a la ciudad a la que pertenecen.

La relación que tenemos de las etnias no es homogénea sino que varía, en su grado de percepción y credibilidad, en función del autor que la describe y de los acontecimientos que narra. A veces son varios los siglos de diferencia entre la información que proporcionan los distintos autores clásicos, y así encontramos nombres que no vuelven a citarse, o cambios de difícil, cuando no imposible, explicación. En conclusión, no tenemos seguridad, para las distintas etapas de época prerromana, de contar con el mosaico real de las etnias existentes.

Pero con todo ello las referencias a las etnias conservadas corresponden a una definición hecha desde fuera del grupo indígena al que pertenecen. Y aunque nada impide pensar que los nombres citados en las fuentes sean traducción de otros indígenas, queda la pregunta, a responder en cada caso concreto, de si se está reflejando la realidad indígena o está modificada en mayor o menor grado; nos podemos encontrar ante lo que los antropólogos (Mair, 1986, 22) denominan como categorías, y que corresponde no a algo que existe sino a un modo de clasificar los fenómenos que la gente percibe como existentes. Es

interesante señalar que, si bien las fuentes escritas indígenas conservadas son escasas, hay múltiples referencias a las entidades organizativas de la política del momento, las ciudades. Las menciones a las etnias son mínimas e indirectas y salvo el *belaikum* del Bronce de Luzaga, que tal vez corresponda a los belos, el resto aparece en los nombres de las ciudades, así *Sedeiscen* se vincula a los sedetanos, y *Beligiom o Contrebia Belaisca* a los belos.

#### 4. SOBRE LOS ELEMENTOS DE DIFERENCIACION DE LAS ETNIAS PRERROMANAS

No abundan los casos en que los escritores clásicos describen o identifican expresamente los rasgos de identidad y los elementos diferenciadores de las etnias. Hemos buscado algunos ejemplos significativos fuera del territorio en estudio. Citemos tres de ellos:

— Polibio (III, 113) al describir los preparativos para Cannas, nos habla de que a los celtas se les distinguía por ir desnudos y a los iberos cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura, a la costumbre de su país.

— César durante las guerras de las Galias, en el 56 (De bello Gall., 1,1,1) señala: «El conjunto de la Galia está dividida en tres partes, de las cuales habitan una los belgas, otra los aquitanos, la tercera los que en su lengua llaman celtas y en la nuestra galos. Todos éstos difieren entre sí por la lengua, costumbres y leyes».

— Plinio (III, 13) al hablar de la Baeturia indica: «Los celtici venidos de la Lusitania son oriundos de los celtiberi, y ello se manifiesta por los ritos religiosos, por la lengua y los nombres de los «oppida», que en la Baetica se distinguen por sus cognombres».

En estos ejemplos se puede observar, en primer lugar, la visión globalizadora que se manifiesta en términos como celtas, iberos, galos, que hacen referencia a los «grupos étnicos». En el caso de los celtici, se nos presenta un claro contraste con sus vecinos, nos encontramos con una verdadera isla en el conglomerado de las etnias próximas, pero este hecho es excepcional. Por otra parte, en estos casos concretos, se identifican como rasgos diferenciadores aspectos como la lengua, la religión, las leyes y las costumbres que se manifiestan en la forma de vestir y actuar, esto es, rasgos de índole lingüístico, cultural, social y económico. Es interesante destacar cómo ni lo racial ni lo político se señalan como elementos distintivos.

No obstante, fuera de estas referencias concretas existen en las fuentes menciones de distintos aspectos de índole social, religioso, económico, etc., vinculados al comportamiento de individuos o a grupos pertenecientes a etnias concretas. Estas citas son susceptibles de ser interpretadas; así sirvieron a Caro Baroja (1946) de base para realizar su propuesta de las áreas culturales prerromanas.

Queda el análisis de la información indígena, que a través de la lingüística y de la arqueología nos proporciona un campo de investigación importante.

Pero todo ello necesita de un marco teórico. Se hace preciso reflexionar sobre los elementos de iden-

idad de cada etnia y los diferenciadores respecto a las restantes. Lo frecuente es que etnias próximas tuvieran aspectos afines, cuando no idénticos, pero desconocemos el nivel de sus diferencias y la posibilidad de contrastarlas con las fuentes disponibles. En el valle medio del Ebro «grupos étnicos» como celtiberos e iberos parecen presentar elementos diferenciadores que han trascendido a la lengua, la forma de decorar las vasijas o el empleo, en aquéllos, de téseras de hospitalidad, lo cual puede marcar grandes áreas de contornos difusos. Pero el problema se plantea cuando queremos ver las diferencias de etnias afines, como lusones y belos o ilerlavones e ilergetas.

Con todo, en esta última fase del proceso histórico que nos ocupa, contamos con la importante contribución de las fuentes escritas, tanto de los indígenas como de las más abundantes de los escritores clásicos, pero para descubrir el proceso formativo y de transformación seguido por los grupos humanos hasta la configuración de las etnias históricas, debemos trabajar en periodos anteriores en los que la única fuente disponible es la Arqueología.

#### 5. SOBRE ALGUNOS FACTORES A TENER EN CUENTA EN LOS ESTUDIOS DE UNA ETNIA

De lo visto anteriormente podemos señalar que toda etnia tiene un soporte antropológico, una lengua con qué comunicarse, practica unas actividades económicas, tiene una organización religiosa, social y política, unas costumbres determinadas y fabrica y utiliza una serie de instrumentos. Pero de todo ello se debe determinar, para cada caso concreto, qué es lo específico de cada grupo, y si esa especificidad se detecta en el nivel correspondiente a las etnias en un nivel superior de «grupo étnico», o se comparte por un amplio conjunto de grupos humanos en un vasto territorio. Así como determinar qué posibilidades reales tenemos de definir estas entidades, espacial y temporalmente con las fuentes disponibles.

##### Antropología

En el territorio en estudio del valle medio del Ebro no existe identificación alguna por parte de las fuentes históricas de elementos raciales como diferenciadores de etnias. No obstante, uno de los aspectos que en las agrupaciones primitivas dan identidad al grupo es la defensa de un origen común; creencia que no implica necesariamente una unidad racial, salvo que existiera una endogamia cerrada y un contraste racial con el entorno, hecho que no parece darse en esta zona. Por otra parte, encontramos una referencia, como la mención de Floro (1, 34, 3) sobre la consanguinidad de belos y arévacos, que en el caso de ser real y no simbólica, nos indica que al menos en estas etnias existía un alto grado de afinidad.

Actualmente se han abandonado las teorías invasoristas que identificaban algunas de las etnias de la zona en estudio como de procedencia transpirenaica como una unidad, la idea de penetración y ocupación de un

territorio en el que serían encontradas por los romanos, de ser cierta, podría evidenciar diferencias antropológicas con las de su entorno inmediato, al modo de las que pueden presentar las colonizaciones alemanas de Sierra Morena promovidas por Carlos III. Sin embargo estos planteamientos están criticados. Se observa una importancia cada vez mayor del substrato indígena, los aportes antropológicos que se aceptan son más bien escasos y alcanzarían con el tiempo plenos mestizajes con las poblaciones autóctonas. Existe un testimonio de asentamientos tardíos que las fuentes clásicas no citan, pero cuya existencia se ha testimoniado por diferentes criterios (toponímicos, numismáticos, epigráficos), como es el caso de comunidades galas asentadas en un territorio de la actual zona de Tarazona y bajo Gállego. Aun en este caso extremo existe una imposibilidad de detectar alguna diferencia racial con su entorno, ya que aunque realmente fuera contrastable o planteándose una estrategia investigadora para éste u otros casos, nos encontramos con la gran dificultad de la información disponible, en el hecho conocido de que, a excepción de zonas retardatarias, durante el período que va desde el Bronce Final a época romana imperial, sean excepcionales los restos humanos inhumados. La generalización del ritual incinerador disminuye notablemente las posibilidades de investigación antropológicas en el ámbito racial. Habría que centrar las investigaciones en los enterramientos de épocas anteriores y posteriores, para detectar la existencia de diferencias raciales, con el problema subsiguiente de distanciamiento en el tiempo.

### Lengua

La diferencia lingüística es uno de los aspectos que más da identidad a un grupo humano y lo diferencia de otro, tanto desde el propio grupo como desde el exterior. Sin embargo etnia y lengua no tienen por qué ser identidades sinónimas.

La lengua necesita para plasmarse la escritura, hecho tardío para el valle medio del Ebro, y no anterior al siglo III a. C. Otras manifestaciones como topónimos que han podido perdurar hasta nuestros días o antropónimos y teónimos, que aparecen en inscripciones posteriores, plantean el problema de ser información cuya vinculación con un momento concreto anterior puede presentar problemas. Aún así, la información lingüística es escasa y ha permitido diferenciar dos «grupos étnicos», el celtibérico y el ibérico, por lo que en cada uno de ellos quedan incluidas varias etnias. Desconocemos la existencia de diferencias dialectales que pudieran ser específicas de una etnia, y de existir, no han sido detectadas por los lingüistas.

### Religión y mundo espiritual

También la religión juega un papel capital en los rasgos de identificación-diferenciación de las comunidades humanas. Las investigaciones realizadas para época ibérica (Marco, 1987; Sopeña, 1987) han permitido señalar la existencia de deidades y aspectos

religiosos específicos del área celtibérica, pero no se han encontrado rasgos que marquen diferencias menores, propias de cada etnia.

La investigación arqueológica necesita un desarrollo en este terreno, ya que hay aspectos vinculados con el mundo religioso, como los ritos de la muerte que pueden marcar diferencias de comportamiento, y que se manifestarán en variaciones en el rito de enterramiento, forma de las tumbas, ofrendas, depósito de los materiales, relaciones de las necrópolis con los poblados, etc., o aspectos como la inhumación de niños, lugares donde se realiza y características del ritual. En este campo se puede ya señalar la existencia de un territorio con personalidad propia y diferenciada en la forma de manifestar externamente aspectos funerarios, tal vez conmemorativos, como es el caso del Bajo Aragón, turolense y zaragozano, territorio que por su extensión puede corresponder al de una etnia, ya que en él se localizan durante época ibérica una serie de estelas funerarias características del mismo.

### La organización social y política

Aspectos de la organización política de los *populi* prerromanos han trascendido a través de las fuentes clásicas que nos hablan de régulos, caso de los ilergetas *Indibilis* y *Mandonius*, y senados. También en los textos indígenas, como los bronceos de Botorríta, encontramos la configuración del senado de una ciudad celtibérica. Sin embargo, la información textual conservada es muy parca para poder marcar claras diferencias organizativas, cayéndose a veces en el error de tomarse como sincrónicas cuando la diferencia de un siglo puede ser clave en los procesos de transformación. Otras, ha sido la lectura incorrecta de las fuentes, tal como ha demostrado Capalvo (1986) al analizar el léxico pliniano, la que ha llevado a conclusiones inexactas sobre la diferenciación de territorios con organización étnica y estatal.

Un campo de investigación importante se abre a través de la Arqueología, ya que la organización política de un grupo determinado trasciende y se manifiesta en la ocupación del territorio. El estudio de los tipos de asentamiento, sus interrelaciones y su distribución pueden dar una información clave en estos aspectos, con el añadido de poder tener una visión diacrónica y observar el proceso histórico seguido. Pero ello implica una necesaria orientación de la investigación, que en este campo tiene que apoyarse en la prospección intensiva, hecho hasta el presente muy escaso. También la excavación proporciona una ayuda inestimable al conocer la organización interna del asentamiento, la existencia o no de zonas de almacenaje de excedentes, la igualdad o no en el tamaño de las viviendas y en sus ajuares, etc. O como se ha comentado para los enterramientos, a partir de la existencia o no de ajuares diferenciados, presencia de bienes de prestigio, etc., se puede llegar a conclusiones sobre la estructura social de una comunidad y los cambios que se suceden en el espacio y en el tiempo.



En el poblamiento se podrán identificar distintos patrones de asentamiento, como los primitivos modelos «swidden», de escaso tamaño y densidad demográfica baja, propios de una agricultura de pequeña escala itinerante. O la presencia de asentamientos de mayores dimensiones que mostrarán o no la existencia de jerarquías entre ellos. O, en el último grado, el surgimiento de la ciudad como elemento organizador, sustituyéndose los vínculos sanguíneos en la organización de la sociedad por los que marca el territorio, y en definitiva la aparición del Estado. En conclusión, a través de los patrones de asentamiento estamos en condiciones de observar si una sociedad tiene una organización tribal segmentaria, existe presencia de jefaturas o corresponde a un estado, y dentro de cada bloque determinar las características específicas del mismo. Distinto es que estemos en condiciones de marcar la territorialidad de una etnia y la evolución seguida en el tiempo, ya que, salvo en grado de organización compleja, con poder centralizado, no surgirá un poblamiento diferenciado que marque límites, caso de asentamientos especializados en la coerción que señalen una frontera, u otras manifestaciones de la misma como los vacíos poblacionales o, contrariamente, la existencia de concentraciones demográficas que indiquen la presencia de las denominadas «frontera tapón». Pero aún en estos casos evolucionados, no necesariamente podemos hablar de adecuación de etnia y organización política, pues, si bien pueden coincidir, también pueden darse otros dos grados extremos: unidades que aglutinan distintas etnias y, por el contrario, etnias divididas en diferentes unidades políticas, hecho que ocurre en el valle del Ebro con el surgimiento de las ciudades. Es importante este grado último por cuanto la entidad política puede crear elementos diferenciadores no sólo en la ocupación del territorio sino también en nuevos rasgos de identidad, que marquen sus diferencias con las otras unidades políticas aún correspondientes a la misma etnia. En este sentido Caro Baroja (1971, 159) indica: «En los grados que señala Cicerón (*De off.*, I, 17, 53) dentro de la sociedad, los que quedan constituidos por los hechos de pertenecer a la misma gente (*gens*), nación (*natio*) y la lengua (*lingua*) son, según él, menos importantes que el de pertenecer a la misma ciudad (*civitas*)». Es pues en este campo en el que el arqueólogo podrá encontrar testimonios para diferenciar distintos territorios, debiendo resolver si son étnicos o políticos.

### Economía

Desde el punto de vista teórico podemos encontrar la existencia de una actividad económica y un grado de desarrollo étnico de la misma vinculada a una etnia, caso, por ejemplo, de una especialización en ganadería o en agricultura, y en este caso la existencia de una agricultura de rozas, una extensiva de secano o la presencia de regadío. Pero una etnia puede extender su territorio por diferentes ecosistemas que impliquen una distinta utilización económica de los mismos.

En cualquier caso, un sistema de explotación económica trasciende distintos aspectos de la etnia, como

su organización sociopolítica, su nivel tecnológico, por lo que arqueológicamente podrá detectarse tanto en excavaciones que proporcionan herramientas y datos paleontológicos, polínicos y carpológicos, como desde la prospección analizando sus patrones de asentamiento, ya que su tamaño, densidad, distribución, relación con tipo de suelos, etc., reflejarán en gran medida la orientación económica del grupo y la explotación del territorio.

Debe tenerse precaución en la utilización de indicadores tan frecuentes en el contexto arqueológico como es la cerámica, ya que cuando disminuye notablemente la autoproducción, como ocurre en época ibérica, los circuitos comerciales que la distribuyen pueden romper, y de hecho rompen, las barreras étnicas. No obstante, se perciben diferencias, así en las representaciones pictóricas humanas y de animales, más naturalistas en la zona ibérica y más geometrizantes en la celtibérica; o distribuciones de ciertas formas cerámicas, caso de la 16 y 17 de Castiella (1977, 349) que se concentran en el Alto Ebro.

Otro de los aspectos importantes en los estudios económicos es su relación con la estructura social, determinando el control de los excedentes, la presencia de bienes de prestigio, etc.

### Costumbre y cultura material

Se puede definir la costumbre de un grupo como la práctica habitual por la repetición de unos actos. Las costumbres de una sociedad van más allá del comportamiento estricto, irradian a todas las facetas de la vida, configuran el derecho e implican a todas las manifestaciones del grupo, desde los distintos ritos vitales a las relaciones con otros grupos; desde la forma de hacer la guerra a la forma de vestirse y adornarse; desde la forma de construir y de diseñar los espacios de una casa a las formas de una cerámica, de su acabado, de los motivos decorativos, temática, estilo y composición, etc. De esta manera trasciende la concepción estética que guía a los artesanos en la fabricación de una espada o de una cerámica, respondiendo a la demanda social. El proceso creativo suele tener una interrelación directa entre lo individual y lo colectivo. Aquellos elementos innovadores que tengan éxito por entrar en el «espíritu» del grupo se aceptarán y se difundirán convirtiéndose en un hecho aceptado, y en ello entra tanto los que surgen de dentro del grupo como aquellas modas que llegan desde el exterior y que se aceptan y aglutinan con las propias. Nos encontramos con que, al igual que con otras facetas de la vida, es algo dinámico y sujeto a cambios y evolución.

El desarrollo de unos hábitos o costumbres pueden comportar un mecanismo evolutivo de identidad en la etnia y de diferenciación de otras. Unas veces estos hechos son conscientemente asumidos por el propio grupo, pero otras no son valorados por él, dado que lo común es lo que siempre se ha hecho. No obstante, ambos casos pueden ser detectados desde fuera del grupo por un observador externo, por contraste con sus propias costumbres, así lo encontramos en algunas referencias existentes en los escritores grecolatinos,

que deben, no obstante, ser asumidas críticamente. También arqueológicamente podrán detectarse, cuando hayan trascendido a los elementos de cultura material conservados. Referencias como las de Livio (34, 20) en las campañas de Catón: «Cuando los lacetanos hubieron reconocido sus armas y enseñas (la de los suessetanos)», nos muestra la diferenciación de un grupo, suessetanos, por otro próximo, lacetanos, a partir de señas de identidad, armas y enseñas, que pueden trascender a la observación arqueológica, sin embargo, tal como indica Quesada (1989), estamos actualmente lejos de alcanzar resultados.

Reflexiones realizadas a partir de indicadores etnológicos (Clarke, 1984, 338) de las afinidades existentes en varias etnias de su cultura material, confirman que una innovación en un lugar determinado se extiende a otros estando sujeta a elementos fluctuantes. Conforme más afín es el grupo, más alcanza la difusión, llegando a la conclusión de que el promedio compartido entre tribus unidas por el idioma alcanza un 70%. Pero el problema se plantea cuando se observa que arqueológicamente sólo es posible detectar un 15% de los tipos de artefactos específicos de cada cultura. No obstante, a pesar de la gran disminución de la muestra teórica, se puede realizar una investigación arqueológica tendente a observar la distribución de distintos elementos de cultura material, los grados de afinidad existentes en los mismos según el territorio, marcando así áreas con un alto grado de semejanza, zonas de contacto, etc. El problema es definir a partir de ellos la extensión de una etnia, ya que nos encontramos con que pueden existir variables como, por ejemplo, las distintas orientaciones económicas dentro de una misma etnia, que pueden crear elementos de cultura material funcionalmente diferenciados dentro del mismo grupo. O viceversa, una aparente uniformidad cultural a partir de los restos conservados en etnias distintas.

## 6. HISTORIOGRAFIA

Plantear la «etnogénesis» del territorio del valle del Ebro obliga no sólo a retrotraerse al tema de las aportaciones e influencias transpirenaicas durante el Bronce Final, sino también al papel que juega el substrato indígena y contemplarlo, al menos, desde el Bronce Medio.

En el proceso de investigación que sintetizamos, destaca la concentración de la actividad en el eje del Ebro, especialmente en lo que respecta al B.F. y H.I., lo cual crea grandes vacíos, con espacios, como los Pirincos, donde la información arqueológica con entidad para este momento es prácticamente nula. Si a ello se une el dominio de la excavación aislada sobre los estudios territoriales, se puede concluir que estamos lejos de contar con una visión general del área en estudio para abarcar el tema que nos ocupa.

### Hasta 1939

En este período carecemos de investigaciones sobre el Bronce Medio. El Bronce Final-Hierro I queda dominado por la visión sintética de Bosch (1923),

quien defiende inicialmente (1921) la existencia de dos invasiones centroeuropeas, como elementos clave en la configuración del poblamiento del valle del Ebro, publicando en Navarra los materiales féreos de una necrópolis no localizada de Echauri. Mientras que en la Rioja, Taracena inicia en 1935 la excavación del Redal. En Aragón hay una actividad intensa, pero muy concentrada territorialmente. Bardaviu trabaja en el Alcanadre. En la cuenca del Matarraña, el Grupo del Boletín Bajo Aragón y, posteriormente, el Institut d'Estudis Catalans realizarán intensas prospecciones y excavaciones de una serie de asentamientos y necrópolis, en su mayor parte pertenecientes al B.F. e Ibérico Antiguo (Bosch, 1913-14; 1915-20), con excepciones importantes como San Antonio de Calaceite (Cabré, 1983-84) correspondiente al Ibérico Pleno. No se publican las memorias de excavación, pero las sistematizaciones que se realizan serán básicas en la construcción de la protohistoria peninsular.

A esta información sobre el H. II debe unirse, en la también bajoaragonesa zona del Guadalope y del Regallo, la actividad iniciada por Bardaviu (1918, 1926) que será puente de la llegada de la Ecole des Hautes Etudes Hispaniques de Burdeos, excavándose una serie de yacimientos, en su mayoría del Ibérico Pleno y Tardío (Bardaviu y Thouvenot, 1930; Bruhl y París, 1932 y París y Bardaviu, 1926). Pérez Temprado y Cabré excavarán el Cabezo Alcalá de Azaila (Cabré, 1929). En el territorio celtibérico la actividad se relega a catas y se vincula en su mayor parte a las ciudades, caso de *Bilbilis* en el centro de Bambola de Calatayud (Sentenach 1918; Schulten 1934), el Conde de Samitier excava en Belmonte donde se sitúa *Segeda* (Schulten, 1933) y el Marqués de Cerralbo en la Granja de San Pedro de Monreal de Ariza, donde se identifica *Arcobriga* (Aguilera y Gamboa, 1909) también excava una necrópolis celtibérica próxima. Preocupación similar por los centros urbanos también encontramos en la Rioja, donde Taracena excava en Cervera del río Alhama, *Contrebia Leukade* (1926) y en Canales de la Sierra (1929), donde algunos historiadores situaban *Segeda*, a la par que realiza una síntesis sobre los *petendones* (Taracena, 1933).

### De 1940 a 1969

Continúa la carencia de investigaciones sobre el B.M. Existe una sobrevaloración del mundo Centroeuropeo, dominando las teorías invasionistas, con visiones que pueden sintetizarse en la de Bosch (1944) que defiende la existencia de cuatro invasiones y la de Almagro Basch (1952) para el que sólo hay una y gradual. El planteamiento de Vilaseca (1974) sobre el modelo de evolución interna (Ruiz Zapatero, 1983-85) no hace mella en este territorio, donde se dan síntesis globales sobre la «indoeuropeización» del valle del Ebro (A. Beltrán, 1960). Una primera visión de síntesis del poblamiento prerromano de la Rioja es realizada por Taracena (1940-41). La mayor parte de las excavaciones se concentran en yacimientos del B.F. - H.I. En la Rioja se continúa la del poblado de Partelapeña en el Redal (Fernández Avilés, 1956). Con la fundación en Navarra de la Institución Príncipe de Viana, Taracena y Vázquez de Parga

realizan excavaciones de distinta intensidad: Castejón de Arguedas (1943), catas de Echauri (1945), destacando el inicio de la excavación del Alto de la Cruz de Cortes de Navarra que, continuada por Gil Farrés (1952, 1953) y Maluquer (1954, 1958), se convierte en el asentamiento mejor conocido del Valle del Ebro, y gracias a la presencia de sus tres poblados superpuestos en la única secuencia estratigráfica descubierta. Se excava su necrópolis en la Atalaya (Maluquer y Vázquez de Parga, 1956) y la de la Torraza en Valtierra (Maluquer, 1953). También en Aragón la reciente Cátedra de Arqueología de Zaragoza se centrará sobre este tema. Se excava en Caspe el poblado del Cabezo de Monleón (Beltrán, 1962), dándose a conocer otros yacimientos de este momento como Zaforas (Pellicer, 1957). La actividad de la etapa anterior se ve actualizada en una síntesis sobre el Bajo Aragón (Almagro *et al.*, 1956), que concluye en el H.I., y en un estudio conjunto de sus necrópolis tumulares (Tomás Maigí, 1959, 1960). Se investiga la zona de Fraga (Pita, 1958), Sena (Panyella y Tomás Maigí, 1945-46) y Serranía Turolense (Ortego, 1952).

El Hierro II queda reducido en la Rioja a la parcial excavación de Cantabria en Logroño por Taracena (Fernández Avilés, 1956), y en Navarra a la del poblado de Peña del Saco de Fitero (Taracena y Vázquez de Parga, 1946 y Maluquer, 1965). En Aragón existe una sistematización de Pellicer (1962), pero limitada a zonas de la cubeta del Ebro y basada esencialmente en prospecciones. Destaca la continuidad de la excavación de Azaila (Cabré, 1944), la revisión de San Antonio de Calaceite (Pallarés, 1965) y la excavación del Castello de Alloza (Atrián, 1966), mientras que en el territorio celtibérico sólo aparece la publicación de la necrópolis del Cuarto de Griegos (Almagro, 1942).

### De 1970 al presente

Surge la preocupación por el tema del Bronce Medio y Bronce Tardío, especialmente en los últimos años. En la zona riojana viene protagonizada por Pérez Arrondo y su equipo. En Navarra se está iniciando con los trabajos de Sesma y en Aragón con excavaciones como El Cabezo de Frías de Albarracín (Atrián, 1974), Moncín en Borja (Harrison *et al.*, 1987), La Hoya Quemada de Mora de Rubielos (Burillo y Picazo, 1986), Zafranales de Fraga (Monton, 1988) y Cabezo Sellado por Andrés y Benavente. Se está investigando con visiones sistemáticas del territorio, como la de Picazo para la serranía turolense y Rey para el Alcanadre-Flumen. En consecuencia, con la moda del momento surgen trabajos sobre la influencia del Mundo Cogotas (Hernández Vera, 1983) y la importancia del substrato indígena (Arteaga, 1976; Eiroa, 1985; Pellicer, 1985 y 1987).

El B.F. - H.I. tendrá una nueva valoración con la defensa de los modelos de evolución interna (Almagro Gorbea, 1977; Ruiz Zapatero, 1983-85) a partir de unas primeras penetraciones transpirenaicas. En la Rioja se renuevan las excavaciones del Redal (Alvarez y Pérez Arrondo, 1987), y se iniciarán las del Sorbán de Calahorra por González Blanco y Urbano Espinosa,

y las de Santa Ana de Entrera, por este último. Una visión global de Rioja y Navarra es objeto de la tesis doctoral de Castiella (1977) y posteriores actualizaciones (1987). Las excavaciones navarras corresponden (Castiella, 1987) a niveles inferiores de yacimientos romanos explorados por Mezquiriz, caso de Pamplona (1975a) o Santacara (1975b), o de catas realizada en La Custodia de Viana (Castiella, 1975a), la actividad se intensificará únicamente en El Castillar de Mendavia (Castiella, 1979, 1983) y Sansol de Muru Astrain (Castiella, 1988), se volverá a excavar Cortes (Maluquer *et al.*, 1988) descubriendo un nuevo nivel inferior. En el Bajo Aragón se revisarán las cerámicas importadas de las antiguas excavaciones del Matarraña, aportándose nuevas cronologías (Sanmartí, 1978) y realizándose valoraciones sobre la incidencia del comercio protocolonial (Ruiz Zapatero, 1983-84). Se excava la Loma de los Brunos de Caspe (Eiroa, 1983), y Palermo, que, junto con nuevas excavaciones en el Cabezo de Monleón (A. Beltrán, 1984), servirá a A. Alvarez (en prensa) para sistematizar el B.F. de este territorio. En la zona del Cinca y Monegros, se realizan visiones globales (Maya, en prensa) y se inician nuevas excavaciones en asentamientos como los Regallos de Candanos (Ruiz Zapatero, 1983). En el mundo funerario destacan las excavaciones de los Castellazos de Mequinenza (Royo, 1986), la del Cabezo Ballesteros de Elipa (Pérez Casas, 1987), y la de la Umbría en Daroca (Aranda, en prensa).

El H.II cuenta Rioja y Navarra con la visión global de Castiella (1977). Las excavaciones realizadas se centran en las ciudades: Custodia de Viana, *Libia* en la Llana de Herramelluri (Marcos Pous, 1978), *Contrebia Leukade*, que será objeto de la tesis doctoral de Hernández Vera (1982), que excava actualmente también *Gracurris* en las Eras de San Martín de Alfaro; la monografía sobre *Calagurris* en Calahorra (Espinosa, 1984) y finalmente la infructuosa búsqueda de la *Varea* indígena en Logroño (Galve y Andrés, 1983; Pascual y Gajate, 1986). En Aragón existe una gran dispersión en las excavaciones, gran parte de ellas inéditas, planteándose el problema de la carencia de secuencias estratigráficas, lo que ha llevado a problemas de datación de yacimientos prospeccionados e incluso excavados. Entre los poblados destaca la revisión del Cabezo Alcalá de Azaila (M. Beltrán, 1976) con posteriores reinterpretaciones (M. Beltrán, 1984), el Cabezo de la Guardia de Alcorisa (Martínez, 1982), El Palomar (Atrián y Vicente, 1982) y San Pedro de Oliete (Vicente *et al.*, 1985), el Alto Chacón de Teruel (Atrián, 1976), Los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo, 1983). Y entre las ciudades *Celsa* (M. Beltrán Lloris, 1985), Cabezo Pala de Alcañiz (Marco, 1987), *Iaca*, *Salduie* y *Bolscan* con excavaciones de urgencia, y en territorio celtibérico: *Bilibis Itálica* (Martín Bueno, 1975), *Bursau* (Bona *et al.*, 1979), *Contrebia Belaisca*, con la importante contribución de sus dos bronceos escritos (Beltrán Martínez, 1982; *et al.*, 1987), La Caridad de Caminreal (Vicente *et al.*, 1987), y la revisión de *Arcobriga* (M. Beltrán, 1987). Las necrópolis se limitan a una cata en el Cerrao del Tío Borao en Singra (Vicente y Escribano, 1980) y a la importante, por su secuencia estratigráfica e inédita de la Umbría de Daroca. Visiones territoriales

a partir de prospecciones encontramos para la Huerva y Jiloca medio (Burillo, 1980).

Las etnias y populi prerromanos han sido uno de los aspectos frecuentemente tratados, pero domina la perspectiva de la Historia Antigua, por lo que ha primado la crítica textual sobre la investigación arqueológica directa. Hay varias visiones de conjunto sobre las existentes en el valle medio del Ebro (M. Beltrán, 1976; F. Beltrán y Sancho, 1979; Marco, 1980; Rodríguez Colmenero, 1979; L. Sancho, 1981) y globales sobre la zona pirenaica (Caro Baroja, 1988; Fatás, s. a., 1978; Fuster, 1985 y Rodríguez Duque, 1978), y los celtíberos en general (M. Beltrán, 1987; Fatás, 1987c). Estudios concretos encontramos sobre: *ausetani* del valle medio del Ebro (Jacob, 1987-88), *belli* (Burillo, 1986b), *bergistani* (Cura y Sánchez, 1987), *berones* (Villacampa, 1980), asentamientos de *galli* (M. Beltrán, 1977 y Burillo, 1987), *ilercavones* (Gimeno Fabregat, 1976 y Pallarés, 1965), *ilergetes* (Fatás, 1987a), *lusones* (Burillo, 1986b y Martín Bueno, 19775a), *sedetani* (Fatás, 1973), *suesetani* (Fatás, 1986), *turboletas* (Uroz, 1982) y *vascones* (Fatás, 1987b y Pérex Agorreta, 1986).

### Trabajos de síntesis

Si bien encontramos publicaciones de síntesis anteriores, como las realizadas para Aragón por Galiay (1945) y A. Beltrán (1951), es en este último período cuando asistimos a la aparición de diversos trabajos individuales y colectivos, así como a la realización de congresos con entidad regional. Para la Rioja puede encontrarse una completa sistematización crítica de yacimientos arqueológicos en Espinosa (1981), que se actualizan con la Carta Arqueológica del río Cidacos (Pascual, P. y H., 1984) y las aportaciones a los dos *Coloquios sobre Historia de la Rioja* celebrados en 1983 y 1985.

Sobre Navarra existe una amplia sistematización de su Prehistoria debida a Barandiarán y Vallespi (1984), que llega esencialmente hasta la E. del Bronce. Más breve, pero cubriendo hasta la época ibérica, es la de Sánchez y Unzu (1985). En 1986 se realiza el *Primer Congreso General de Historia de Navarra*.

En Aragón encontramos distintas publicaciones (Martín Bueno, 1977a; Beltrán, A., 1974; 1978; dir. 1980, 1985; Canellas, dir. 1980). Entre los congresos referidos a su marco territorial destacan las Primeras y Segundas Jornadas sobre el *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón* en 1978 y 1980; la *Primera Reunión de Prehistoria Aragonesa*, en Huesca en 1981; los *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*, en Caspe en 1986, y el *Estado Actual de la Arqueología en Aragón*, en Zaragoza en 1987. A ello debe unirse la realización de las Cartas Arqueológicas de las provincias de Teruel (Atrián *et al.* 1980) y Huesca (Dominguez *et al.* 1984), siendo inmediata la publicación de una visión sintética de la *Carta Arqueológica de Aragón* (Burillo, Dir., en prensa). Sucesivas visiones sobre la época ibérica han sido presentadas a los Congresos de ámbito nacional sobre iberos (Beltrán, A., 1976-78 y Burillo, 1987a).

## 7. PERIODIFICACION Y CRONOLOGIA

La periodificación actual para este territorio queda definida según dos criterios. El clásico, que pretende tener un alcance europeo: Bronce Medio; B. tardío o Reciente o Final I; B.F. II; B.F. III; Hierro I y H. II. Esta sistematización tiene como referencia los trabajos franceses de Hatt (1961) y de Guilaine (1972) para el Languedoc. Su gran aceptación en el área catalana, ha hecho que se apliquen en la aragonesa zona del Cinca (Maya en prensa) y en el Bajo Aragón (Alvarez en prensa). Existe también una clasificación cultural, propuesta por Almagro Gorbea (1977) y Ruiz Zapatero (1983-85), que, bajo el término de Campos de Urnas, engloba el NE peninsular en las fases anteriores del B.F. y H.I. Sin embargo, se ha señalado (Pellicer, 1984) la ambigüedad de este término, dado el dominio de las formas tumulares en el valle medio del Ebro. Por otra parte, las nuevas investigaciones que muestran un papel cada vez más importante del propio substrato indígena, especialmente en las zonas montañosas del Pirineo y Sistema Ibérico, demandan la realización de una periodificación, en la que se contemplen las peculiaridades de cada territorio y su distinto acceso a las fases culturales, hecho actualmente de difícil realización debido a la ausencia de excavaciones y prospecciones arqueológicas.

Respecto a la época ibérica los términos en boga de Pre-/Protoibérico, Ibérico Antiguo, I. Pleno e I. Tardío coinciden en los dos primeros casos con las terminologías anteriores del H. I y de C.U. del Hierro, y en las segundas con el H. II. Es importante destacar que nos encontramos con una ausencia de yacimientos con secuencia estratigráfica, lo que ha hecho que las periodificaciones se basen en secuencias horizontales de distintos yacimientos, hecho que se ha realizado exclusivamente para el Bajo Aragón y sólo para sus fases iniciales (Sanmartí y Padró, 1976-78). Pero más grave es la ausencia de excavaciones que cubran toda esta época en amplios territorios, como la zona oscense, Rioja y Navarra, lo que ha llevado a inmovilizar antiguas creencias como su tardía aculturación, en contraste con los resultados que se obtienen en las vecinas tierras leridanas (Junyent, 1987) o en el alavés poblado de la Hoya (Llanos, 1983).

### Daticiones absolutas

Recogemos a continuación las dataciones absolutas publicadas a partir del Bronce Medio:

— *La Hoya Quemada de Mora de Rubielos (Teruel)* (Burillo y Picazo, 1986).

UGRA-207	4.070 ± 190 B.P.	2120 a.C.
UGRA-211	3.260 ± 100 B.P.	1310 a.C.
UGRA-212	3.450 ± 90 B.P.	1500 a.C.
UGRA-213	3.420 ± 100 B.P.	1470 a.C.

— *El Castillo de Frías de Albarracín (Teruel)* (Atrián, 1974).

CSIC-115 1520 a.C.

— *Cabezo del Cuervo (Alcañiz)* (Museo de Teruel). 1610 a.C.; 1750; 1560; 1390; 1370 y 1270.

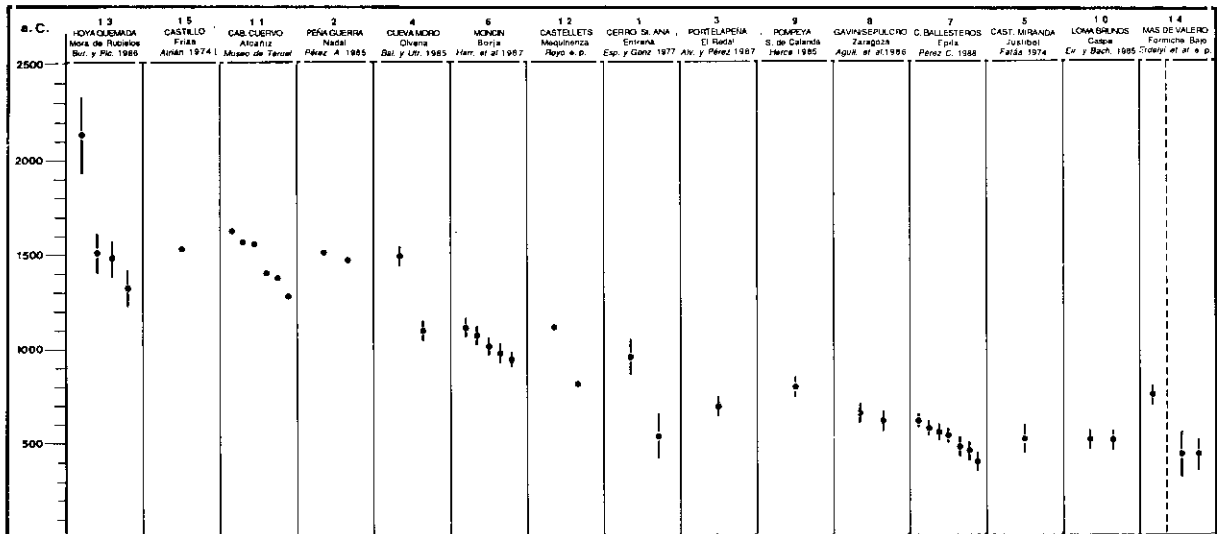
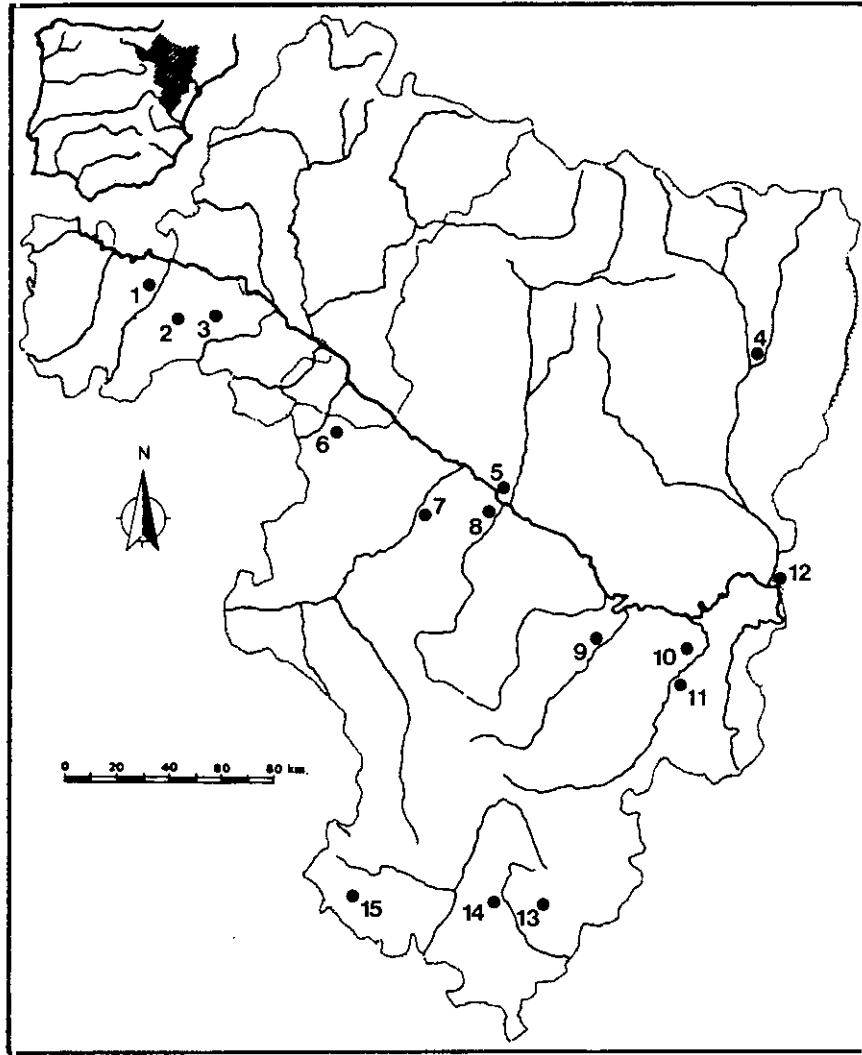


FIG. 1. Mapa de dispersión y cuadro de dataciones absolutas. (C14).

— *Peña Guerra (Nadal)* (Pérez Arrondo, 1985, 17).  
 CSIC-617B 1460 a.C.  
 CSIC-627A-B 1500 a.C.  
 Ambas en niveles con Campaniforme.

— *La Cueva del Moro de Olvena (Huesca)* (Baldellou y Utrilla, 1985).

GR.N.-12.118 3.430 ± 35 B.P. 1480 a.C.  
 GR.N.-12.116 3.040 ± 35 B.P. 1090 a.C.

— *Moncín de Borja (Zaragoza)* (Harrison *et al.*, 1987).

BM-1926 2.880 ± 35 B.P. 930 a.C.  
 BM-1924 2.960 ± 40 B.P. 1010 a.C.  
 BM-1925 3.020 ± 45 B.P. 1070 a.C.  
 BM-1928 2.915 ± 45 B.P. 965 a.C.  
 BM-1927 3.040 ± 45 B.P. 1090 a.C.

— *Castellets de Mequinenza (Zaragoza)* (Royo).  
 1100 a.C. y 800

— *Cerro de Santa Ana Entrena (Rioja)* (Espinosa y González, 1977).

1-10.039 2.895 ± 95 B.P. 945 a.C.  
 1-10.040 2.475 ± 120 B.P. 525 a.C.

Con la diferencia de fechas que ha sido puesta de manifiesto reiteradamente.

— *Partelapeña de El Redal (Rioja)* (Alvarez y Pérez, 1987).

CSIC-621 2.630 ± 50 B.P. 680 a.C.

— *Pompeya de Samper de Calanda (Taruel)* (Herce, 1985).

CSIC-574 2.730 ± 50 B.P. 780 a.C.

— *Gavín/Sepulcro de Zaragoza* (Aguilera *et al.*, 1984).

GR.N.-12.410 2.550 ± 50 B.P. 600 a.C.  
 GR.N.-12.411 2.580 ± 50 B.P. 630 a.C.

— *Cabezo Ballesteros de Epila (Zaragoza)* (Casas, 1988)

CSIC-607 2.039 ± 50 B.P. 440 a.C.  
 CSIC-608 2.410 ± 50 B.P. 460 a.C.  
 GR.N.-13.343 2.490 ± 30 B.P. 540 a.C.  
 GR.N.-13.344 2.560 ± 30 B.P. 610 a.C.  
 GR.N.-13.345 2.480 ± 40 B.P. 530 a.C.  
 GR.N.-13.346 2.510 ± 35 B.P. 560 a.C.  
 GR.N.-13.347 2.330 ± 50 B.P. 380 a.C.

— *Castillo Miranda de Juslibol (Zaragoza)* (Fatás, 1974).

CSIC-169 2.440 ± 80 B.P. 490 a.C.

— *Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)* (Eiroa y Bachiller, 1985).

CSIC-599 2.440 ± 50 B.P. 490 a.C.  
 CSIC-600 2.450 ± 50 B.P. 500 a.C.

— *Mas de Valero de Formiche Bajo (Zaragoza)*.

2.690 ± 50 B.P. 740 a.C.

La datación no coincide con el contexto arqueológico, no así la realizada por Termoluminiscencia (B.

Erdelyi *et alii*, en prensa), cuyos resultados han sido 2.251 B.P. ± 174, ± 123; y 2.419 B.P. ± 79, ± 127, lo que ha dado una fecha de 424 a.C. ± 79, ± 127.

## 8. EL SUBSTRATO DEL BRONCE MEDIO Y DEL BRONCE TARDIO

Uno de los temas de discusión en la protohistoria del valle del Ebro es la diferenciación entre los aspectos que corresponden al substrato indígena de este territorio y los que llegan a través de los Pirineos. Por otra parte nos encontramos actualmente ante nuevas teorías invasionistas, en este caso de carácter peninsular, y vinculadas a la expansión meseteña del mundo Cogotas I, hecho que se ha desorbitado en sus planteamientos. Creo pues, que es de sumo interés prestar atención a ciertos testimonios considerados claves. Me refiero a algunas cerámicas aceptadas como fósiles directores y al tema del origen del poblamiento con estructuras estables.

### 1. Cultura material

*La cerámica incisa con decoración de dientes de lobos*

Fue identificada por Aguilera (1980) como propia del Alto Ebro y Sistema Ibérico Occidental. Nuevos hallazgos muestran su extensión hasta el territorio meseteño (Jimeno, 1984; Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980). Cronológicamente presenta un claro desarrollo durante el B. Medio y B. Tardío, apareciendo asociada con cerámicas excisas y de boquique.

*La cerámica con decoración excisa*

Si bien existen ejemplares en el Bajo Aragón y Alto Ebro pertenecientes al B. Final y cuyos precedentes plantean todavía discusiones (Coffyn, 1979; Ruiz Zapatero, 1980a, b, 1982; Pellicer, 1985; Alvarez y Pérez, 1987; Maya, 1988 y Alvarez, en prensa), siendo la tendencia actual más generalizada el vincularlos al substrato peninsular, frente al indicador de «celtización» tan extendido en la postguerra (Almagro, 1939). Hay otros hallazgos que sin lugar a dudas pertenecen al B. Medio, como los de la riojana Cueva Lobrega (Jimeno, 1986, 49), el oscense Torrellón II (Rey, 1987) y los zaragozanos Urrea del Jalón (Pérez, 1986, 163) y el propio Almantes de Calatayud, fechado inicialmente en el B. Final (Martín Bueno, 1980). Sus precedentes inmediatos se encuentran en las pseudoexcisiones y a veces excisiones de los denominados por Molina y Arteaga (1977) Grupo Campaniforme y Grupo Silos, y como la mayor parte de los hallazgos de los mismos se nuclearizan en torno al Sistema Ibérico y Meseta Oriental.

*La cerámica con decoración boquique*

Los hallazgos de cerámica de boquique en el territorio en estudio han merecido distintas visiones de síntesis (Ruiz Zapatero, 1982; Hernández Vera, 1983 y Maya, 1986). En ellas se pone en relación su

presencia con un indicio de la expansión del mundo meseteño Cogotas I. No obstante, se debe poner de manifiesto que la mayor parte de los testimonios de las cartas de distribución corresponden a yacimientos con un único fragmento recogido en superficie, por lo que se debe ser prudente en reducir la expansión de un grupo cultural a un único y escaso testimonio cultural. Pero lo importante para la necesaria cautela es la amplitud cronológica que presenta esta técnica decorativa, cuyo origen peninsular nadie pone en entredicho, y el área geográfica en que aparecen los precedentes.

Se debe insistir en el hecho demostrado por Maya y Petit (1986) de que el territorio más antiguo donde se ha identificado esta técnica no es en la Meseta sino en el NE peninsular hasta el río Flumen, datándose en el Bronce Antiguo, entre fines del 1900 y el 1700, perdurando en el Bronce Medio. Es precisamente en la zona más occidental donde se pone de manifiesto la aparición del tema en espiga, con paralelos en la fase preCogotas de los Tolmos (Jimeno, 1984).

## 2. El origen del poblamiento con estructuras estables

En un reciente trabajo (Burillo y Picazo, en prensa) hemos puesto de manifiesto cómo el primer poblamiento del Ebro, con estructuras estables, no surge en el Bronce Final vinculado a los Campos de Urnas, sino que aparece en el Bronce Medio y muy probablemente en el Antiguo.

Si bien otros autores (Eiroa y Pellicer, 1985) han hecho defensa, con distintos argumentos, de la importancia del mundo indígena en el surgimiento de los poblados con raíces que a través del Bronce Valenciano penetran durante el Argar A, llegan a la conclusión de señalar que estas influencias o se realizan en el Bronce Final, o es en este período donde culmina su desarrollo. Conclusiones que surgen ante la falta de excavaciones en este territorio con entidad suficiente en asentamientos anteriores a este período, hecho que comienza a cambiar con los resultados de la Hoya Quemada en Mora de Rubielos (Burillo y Picazo, 1986).

La Hoya Quemada (Fig. 2), si bien se sitúa en el Alto Mijares turolense, y por lo tanto con una clara orientación a la región levantina, creemos que se puede configurar como prototipo de otros poblados que en el centro del valle del Ebro sólo se conocen en prospección. Se ha descubierto parte de un asentamiento de pequeñas dimensiones, rodeado de una muralla de un metro de anchura, a la que se adosan casas con paredes medianiles de zócalos de piedra, enlucidos y encalados en su interior; suelos de arcilla diferenciados con distinto acabado, entre los que se encuentran los endurecidos; bancos adosados, conservando sus recubrimientos de arcilla y los soportes de tinajas. Se han descubierto cinco de ellas y un espacio interno de acceso que las articula. La que ha sido excavada en su totalidad presenta planta rectangular de 7,40 por 5,10 m. El contexto de la cultura material y las dataciones de C-14 sitúan este poblado en el Bronce Medio, pero es interesante destacar cómo en el próximo asentamiento de las Costeras de Formiche

Bajo, en estudio por J. Picazo, perteneciente al Bronce Antiguo, encontramos los precedentes inmediatos. Distintas parecen ser las estructuras de planta cuadrangular que se señalan en el Bajo Aragón (Alvarez y Bachiller, 1982, 63) en lugares como el Cortado de Baselga de Alcañiz y los Estancos de Alcorisa, en donde no parece existir indicios de urbanismo.

Las excavaciones en otros asentamientos del Bronce Medio del territorio en estudio son escasas pero significativas en sus resultados. Así, en el Castillo de Frías de Albarracín se publicaron (Atrián, 1974, 12) fragmentos sueltos de manteado de barro, que en las excavaciones posteriores (Andrés y Moreno, 1987) han aparecido en mayor cantidad, mostrando a su vez la existencia de grandes silos medievales que han alterado un asentamiento de características similares a las de la Hoya Quemada. En el Cabezo del Cuervo de Alcañiz se han descubierto (Vicente, 1982), en el estrato correspondiente al Bronce Pleno, la confluencia en ángulo recto de muros de piedra. También en Moncín de Borja (Moreno y Andrés, 1987) se ha localizado un edificio rectangular de piedra aislado, de 8 por 5 m, con una cronología anterior al 1300. También en Sancharancón, en Caspe, existen casas de planta cuadrangular en ladera (Alvarez, en prensa). Significativo, por situarse en la margen izquierda del Ebro, en el Monte Aguilar de las Bardenas Reales de Navarra, es el resultado de las excavaciones que está llevando a cabo J. Sesma, y que están poniendo al descubierto un poblado del Bronce Medio, del que sólo se conoce un muro de desarrollo recto con un banco adosado. Y es muy probable que deban vincularse con este momento las estructuras descubiertas en Masada de Ratón de Fraga (Díez Coronel y Pita Mercé, 1986), así como los indicios que se observan en el Cabecico de Aguilera de Agón (Aguilera, 1980), el Cabezo de la Torre de Muel, Altomira, en Alfamén (Burillo, 1980, 168) o Peña Amarilla, en Urrea de Jalón.

## 3. Conclusiones sobre el Bronce Medio

El substrato del Neolítico y Bronce Antiguo del valle del Ebro, unido a influencias exteriores, especialmente las que remontan desde el SE y las que llegan a través de los Pirineos, configuran distintos territorios con entidad, algunos de los cuales comienzan a conocerse:

— En la zona turolense del Sistema Ibérico y penetrando hacia el valle del Ebro, encontramos durante el Bronce Antiguo y Medio la llegada de influencias del levante y S. peninsular, que da lugar a asentamientos con dominio de formas cerámicas lisas o con una decoración austera limitada a las funcionalidades de sujeción, cordones y digitaciones en bordes, como vemos en los yacimientos tipos de Hoya Quemada o Frías de Albarracín y que suponen una ruptura total con el substrato Eneolítico. Pero lo importante de este grupo lo encontramos en el terreno constructivo, ya que supone la llegada a este territorio de poblados con estructuras estables, sirviendo de puente para llegar hasta el Ebro y sobrepasarlo en la zona oscense.

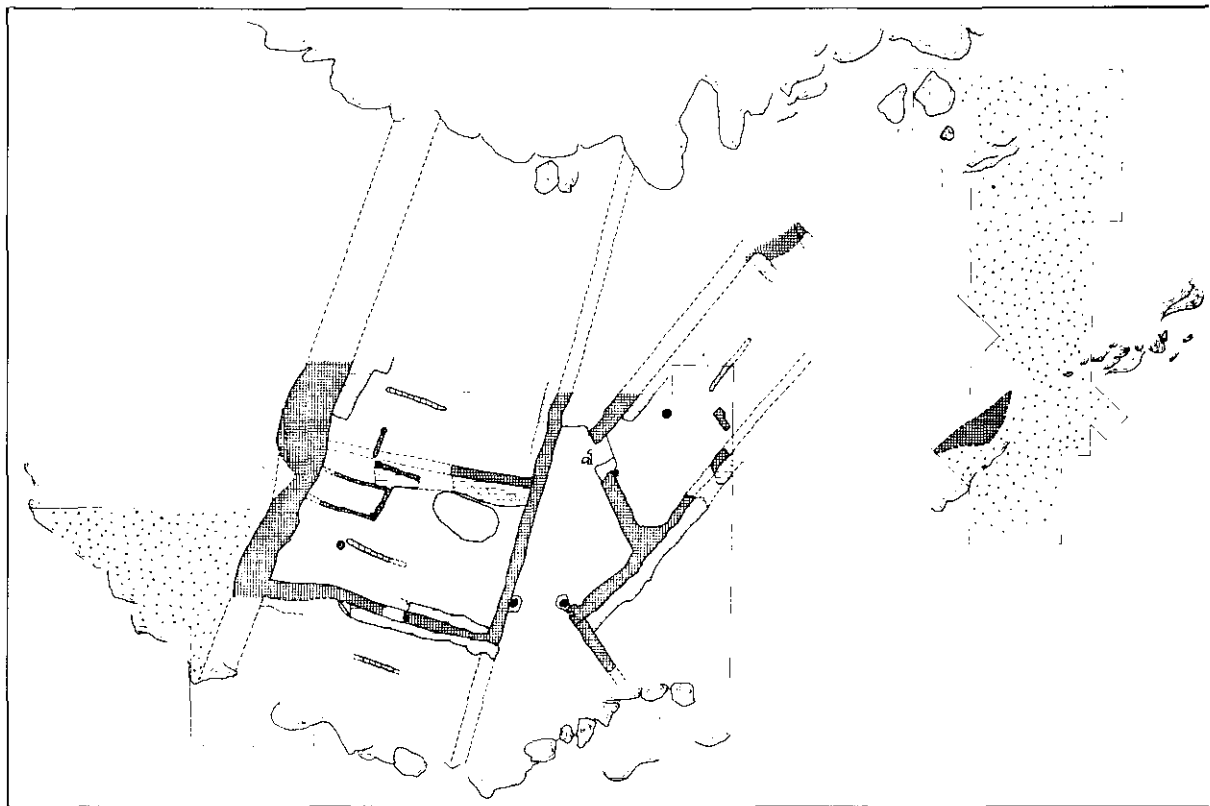


FIG. 2. Hoya Quemada de Mora de Rubielos. Planimetría de los restos excavados.

— Tanto en el tramo Noroccidental del Sistema Ibérico, como en sus rebordes hacia el Ebro y Meseta, se configura en el B.M. un horizonte que se corresponde con el que se ha dado en llamar para la Meseta fase pre-Cogotas. Supone una evolución directa del campaniforme de este territorio, cuya perduración en el dolmen de Peña Guerra está datada en el 1460/1500 (Pérez Arrondo, 1985, 18). Presenta una ocupación en cuevas y al aire libre en cabañas y muestra en el campo cerámico la existencia de vasijas con carenas altas y decoraciones incisas, boquique y, en menor proporción, excisa. La excavación de los Tolmos muestra una orientación ganadera. Con este grupo se vincula en el Flumen-Alcanadre la excisa y boquique de Torrellón II, así como la presencia en el Bajo Aragón, en contexto del Bronce Tardío, de elementos que hasta el presente se relacionaban con el meseteño Cogotas I, caso del Cabezo del Cuervo con presencia de alta carena (Sanmartí, 1980), y excisas (Benavente, 1985) o el Cabezo Sellado de Alcañiz con carenas altas y boquique (Benavente, 1985-86), formando parte del substrato que emergerá en periodos posteriores, como los ejemplares de Siriguarach datados en el siglo VII (Ruiz Zapatero, 1982, 45).

— En las tierras oscenses, al este del Flumen, aparece en el B.A. un horizonte de cerámicas incisas con motivos de guirnaldas y boquique. Durante el B.M. presenta un gran interés el yacimiento del Torrellón II (Rey, 1987), dado que en él confluyen elementos del grupo del NE., con la excisa del Sistema Ibérico. Sin embargo, en este período asistimos

a un dominio de cerámicas carenadas carentes de decoración que, si bien son comunes a un amplio substrato, podrían vincularse con las influencias urbanas que llegarían desde el S. de Aragón. Es la aparición de construcciones con estructuras estables lo que configura la peculiaridad de este territorio, diferenciándolo del no urbano que se extendería al E., en la zona catalana. Por otra parte aparecen influencias de origen ultrapirenaico, que quedan patentes en las poladienses asas de botón (Barril y Ruiz, 1980), los vasos polípodos, de los que se ha localizado un ejemplar en el Tozal del Marullo (Mazo *et al*, 1986), que unido a otros elementos metálicos y estudios antropológicos, ha llevado a defender la llegada a través del Alto Segre en el B.M. de grupos braquicéfalos que se mezclarían con el substrato dolicocefalo mediterráneo. Lo cual no anula la pervivencia de elementos anteriores que encontramos en la presencia mínima pero representativa en la cerámica incisa, o en la continuidad del ritual de los enterramientos tumulares. Desde esta zona se difundirán las asas de apéndice de botón al Bajo Aragón, e incluso llegarían hasta la Meseta, tal como se ha documentado en los Tolmos.

— El conocimiento que se tiene del norte del territorio navarro da la impresión (Beguiristain, 1982, 132) de una larga pervivencia de los modos de vida y elementos culturales anteriores, en donde se perciben no obstante influencias cerámicas que enlazan con Levante.



## 9. LA TRANSICION DEL BRONCE TARDIO AL BRONCE FINAL II

El Bronce Tardío es uno de los períodos peor conocidos, pero cuya importancia va a ser capital por la

serie de transformaciones que culminarán en el Bronce Final II.

Si bien se tiene la creencia de que en el valle del Ebro supone una continuidad del B.M., los escasos testimonios pero altamente significativos que comien-

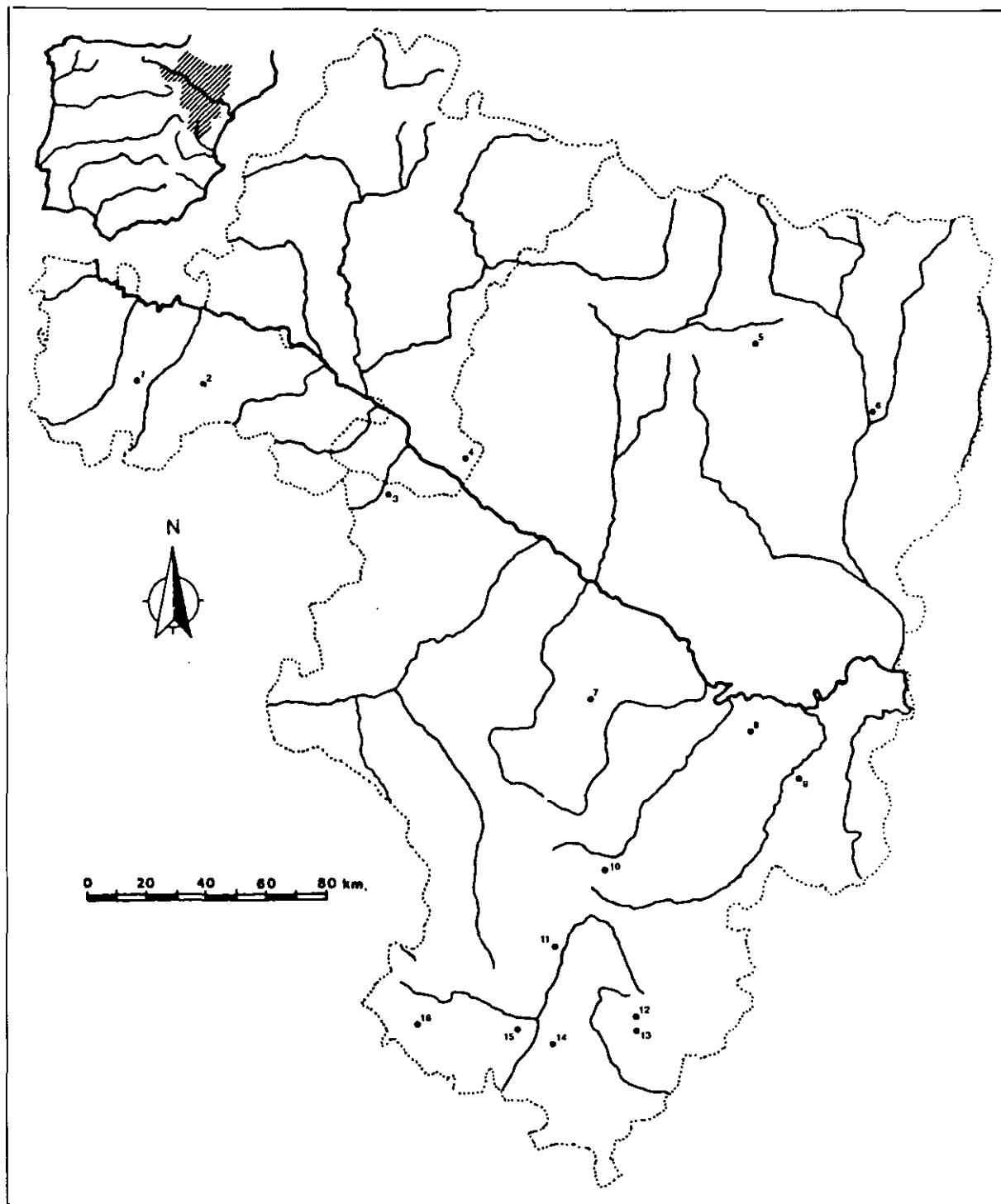


FIG. 3. *Bronce Medio-Tardío. Catas y Excavaciones.* 1. Cueva Lóbraga de Torrecilla de Cameros; 2. Peña Guerra de Nadal; 3. Moncín de Borja; 4. Monte Aguilar de Bardenas Reales; 5. Cueva de Chaves de Panzano; 6. Cueva del Moro de Olvena; 7. Cueva de los Encantados de Belchite; 8. Cabezo Sellado de Alcañiz; 9. Cabezo del Cuervo de Alcañiz; 10. Fuente del Perro de Escucha; 11. Castillo de Alfambra; 12. Cueva del Coscojar de Mora de Rubielos; 13. Hoya Quemada de Mora de Rubielos; 14. Sima del Ruidor de Aldehuela; 15. Alto del Batán de Teruel; 16. Castillo de Frias de Albarracín.

zan a conocerse, parecen contradecirlo. Encontramos, al igual que ocurre en otros territorios peninsulares, caso del SE. (Arribas, 1976), que existe una ruptura en el poblamiento del B.M. que se manifiesta de dos formas: En la desaparición de asentamientos, caso de la Hoya Quemada, el Castillo de Frías de Albarracín o Sancharancón (Alvarez, en prensa); o en la aparición de nuevas estructuras de hábitat que en nada se parecen a las de la fase anterior, tal como encontramos en el bajo aragonés Cabezo del Cuervo (Vicente, 1982) y en la Mucla de Borja en Moncín (Moreno y Andrés, 1987), en ambos casos las construcciones de mampostería de planta cuadrangular han dado paso a estructuras endebles, de barro con paja, que soportan una hilera continua de postes incrustados. En el caso de Moncín, la cultura material publicada (Harrison *et al.*, 1987) se entronca directamente con el substrato del B.M. de este territorio, siendo interesante conocer los datos paleoeconómicos que muestran una amplia agricultura de cereales y leguminosas, con una variada cabaña ganadera de bóvidos, cerdos, ovejas y un significativo aumento en su fase final del caballo.

También en la zona del Cinca-Segre encontramos un elemento de ruptura, todavía mal conocido, pero que se debe desarrollar a lo largo del B.T. e inicios del B.F. II. Corresponde a aquellos yacimientos del B.M. que no perduran más allá del 1100, desapareciendo sin presentar ninguna influencia de los C. de U., caso del Tozal de Macarullo (Mazo *et al.*, 1986), Sosa I (Barril, 1985), o supuestamente con el primer influjo, como se ha querido ver en los Zafranales (Montón, 1988).

El proceso, es pues, complejo y de cierta duración, ya que se inicia en el B.T., con abandonos y cambios en el sistema constructivo, y continúa en los inicios del B.F. II con nuevos abandonos. El análisis de estas transformaciones no debe realizarse en el estricto marco regional y vincularse a la llegada de nuevas gentes, sino con una perspectiva mayor dentro de los complejos acontecimientos que en la península y otros territorios mediterráneos configuran el final del B.M.

## 10. LOS PRIMEROS IMPACTOS DE LOS C.U.

Las continuas investigaciones de Maya (en prensa) en la zona del Cinca-Segre han llevado a demostrar que es por este eje y no por otras rutas orientales, por donde, hacia el 1100 se producen las filtraciones, humanas y culturales, que se vinculan con los primeros C.U. Encontramos que las nuevas influencias son asimiladas por la población existente, caso de la cueva del Moro de Olvena, con un nivel B con cerámica acanalada datado en el 1090 ± 35 (Baldellou y Utrilla, 1985), o en la necrópolis de Castellet, que se comentará más abajo. Es frecuente encontrar la perduración de elementos anteriores, como las asas de apéndice de botón e incluso las cerámicas carenadas bicónicas. El impacto supone, no obstante, las fundaciones de nuevos asentamientos concentrados en el tramo final del eje Cinca-Segre.

El Bajo Aragón será receptor inmediato de los nuevos cambios. Los recientes estudios de Alvarez (en prensa) llevan a retrasar la cronología de los primeros testimonios de C.U., ya que el denominado PIII queda datado en el 1030. En él las cerámicas que se vinculan a los C.U. son minoritarias con respecto a las de tradición indígena, entre las que se encuentran incisas y un fragmento de excisa. Desde el punto de vista urbano, el asentamiento de nueva planta parece tener un esquema urbanístico similar a los del B.M., sus casas son rectangulares con zócalos de piedra, siendo el hecho de mayor interés el recrecimiento con adobes. A este último aspecto técnico al que se debe prestar especial atención, ya que no es conocido con anterioridad en estos territorios, pues los identificados como adobes en el B.M. corresponden a manteados de barro.

En lo que respecta a otras zonas, la falta de información supone el no llegar a más conclusión que la que parece desprenderse de períodos posteriores, como es la perduración del substrato anterior. Existen, no obstante, dos dataciones absolutas en territorios vecinos que han planteado una temprana influencia de los C.U. Las primeras dataciones del Castillo de Henayo (Llanos *et al.*, 1975) llevaban a defender las penetraciones de influencias transpirenaicas por los Pirineos Occidentales en el 1150, fecha, no obstante, que fue clasificada por los propios autores como excesivamente alta, y cuya revisión en otro laboratorio produjo la de 760 a.C. (Ruiz Zapatero, 1983-85, 1014). La otra corresponde al poblado de la Coronilla de Molina de Aragón, en el 950 ± 90 (Cerdeño Y García Huerta, 1982), que de aceptarse implicaría una rápida llegada de los C.U. al Sistema Ibérico.

### El origen de las necrópolis tumulares

Las necrópolis tumulares son una de las manifestaciones del Bronce Final, con características definidas en algunos territorios del valle del Ebro. A pesar de estar asociadas al ritual incinerador y a materiales de los Campos de Urnas, se ha planteado reiteradas veces (Maluquer, 1942; Maya, 1976; Pellicer, 1987) que este sistema de enterramiento tumular no vendría asociado al resto de elementos de origen transpirenaico, sino que tendría su origen en los enterramientos megalíticos. Es en este contexto donde las excavaciones de Royo (1986, en prensa) en Mequinenza refuerzan estas relaciones. En las necrópolis de los Castellet (Fig. 4) se ha puesto al descubierto la coexistencia de una variedad de rituales de enterramiento altamente significativa, ya que junto a sepulcros de inhumación de fosa o bajo túmulo, de inhumación colectiva en cámara rodeado de túmulo, aparecen los sepulcros de incineración bajo túmulo y con cista. Es interesante señalar cómo en los túmulos 2 y 14 se encuentran inhumaciones con cerámicas en los Campos de Urnas de tipo Can Missert III, siendo contemporáneas de las primeras incineraciones. Las dataciones de C-14 centran su utilización entre el 1100 y el 800. Se demuestra cómo una población entroncada con el substrato indi-

gena con tradiciones megalíticas adopta los nuevos cambios en cultura material y en ritual incinerador. Un primer análisis antropológico muestra una población autóctona de carácter mediterráneo.

Por otra parte A. Alvarez (en prensa) señala para el Bajo Aragón el surgimiento en el B.M. de los primeros túmulos, poniendo como ejemplo los de Mas del Cerrojo II y Sancharancón.

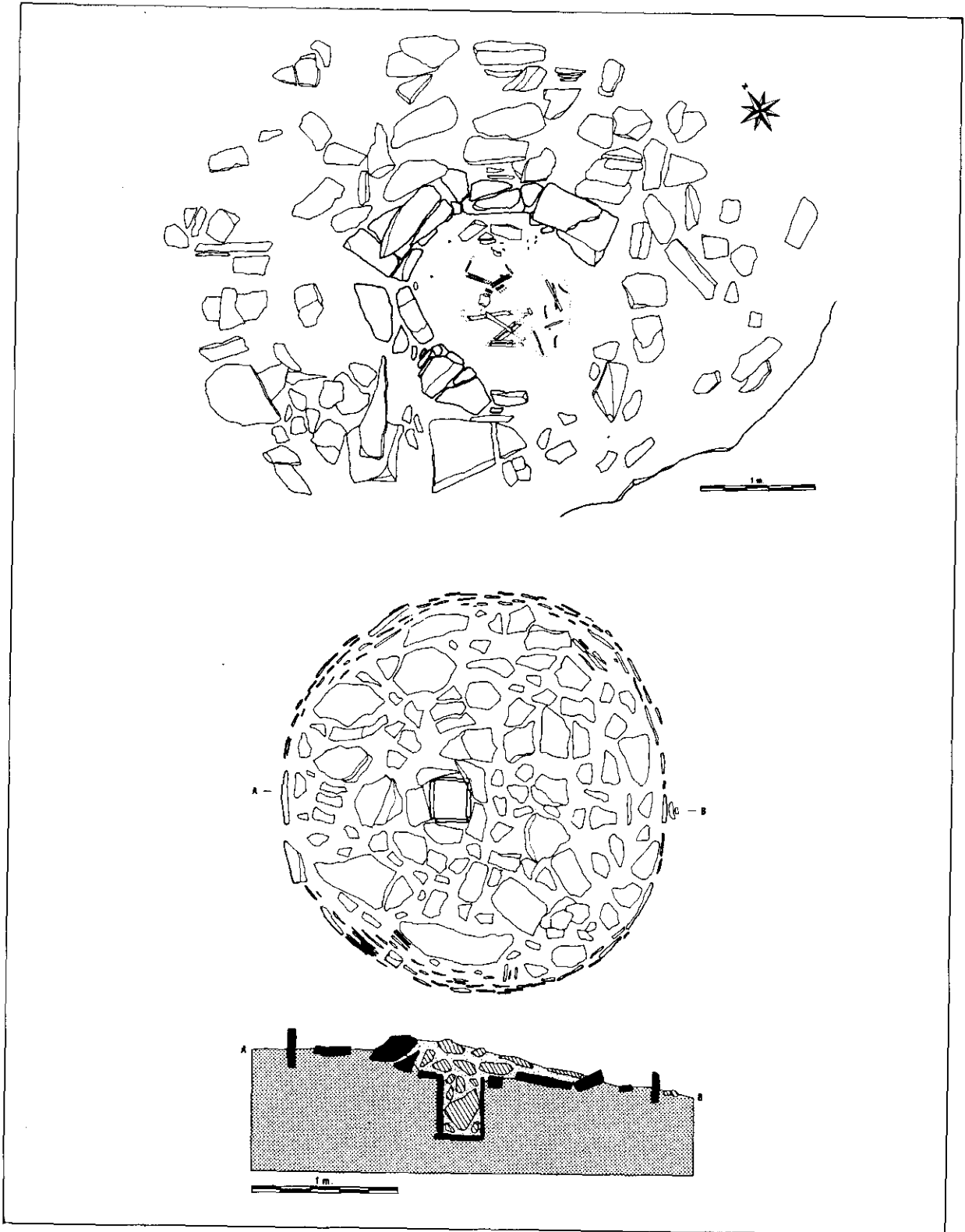


FIG. 4. Los Castelletts de Mequinenza. (Según I. Royo). En la parte superior, túmulo con inhumación. En la parte inferior, túmulo con incineración.

## 11. BRONCE FINAL III

Durante este período asistimos a un desarrollo interno de la cultura de los C.U., que va adquiriendo peculiaridades en función de los territorios y según la mayor o menor influencia del substrato indígena. A lo largo de la cubeta del valle del Ebro encontramos una gran explosión demográfica que se manifiesta en el surgimiento de nuevos poblados vinculados a los C.U. y en la ocupación de nuevos territorios que se ciñen a las proximidades del eje que marca el Ebro.

El grupo del Cinca se caracteriza por una continuidad del período anterior, siendo mejor conocidos los elementos de túmulos circulares que los poblados de este momento (Maya, en prensa).

En el Bajo Aragón asistimos al surgimiento de poblados de nueva planta, con un urbanismo simple de calle central de características defensivas, con casas de planta rectangular, con zócalos de piedra y adobes (Alvarez y Bachiller, 1982; Ballil, 1972; Bosch, 1923; Eiroa, 1985; Pellicer, 1985 y Ruiz Zapatero, 1983-85): Cabezo de Monleón, Zaforas en Caspe o el Roquízal del Rullo en Fabara, etc. El tamaño que adquiere alguno de ellos, como el Cabezo de Monleón (A. Beltrán, 1984) con unas 58 casas, corresponde a agrupaciones hasta ahora no conocidas en este territorio; sin embargo no alcanzan una verdadera jerarquización del hábitat.

En la expansión a lo largo de la Ribera del Ebro encontramos la fundación de poblados como el Castillar de Mendavia (Castiella, 1984), Cortes de Navarra, para quien Maluquer (1985) señala hacia el 850 la fundación del PIII, o Partelapeña en el Redal hacia el 750 (Alvarez y Pérez, 1987, 68). Es interesante señalar que si bien en el primer caso parece ser una fundación sobre un lugar no habitado con anterioridad, en los otros dos ha aparecido un nivel anterior, actualmente en estudio, pero que recuerda a las estructuras comentadas del Bronce Tardío. En Cortes, en el denominado PIIIa (Maluquer *et al.*, 1988), un fondo de cabaña de postes de 7 m de diámetro, y en el Redal, en el estrato I, una estructura de tendencia semicircular de arcilla y pequeños cantos.

Respecto a otros territorios carecemos de información fidedigna, no obstante se puede señalar que prospecciones realizadas por la cuenca del Jiloca, Serranía de Albarracín, Alfambra y Alto Mijares indican una perduración de formas cerámicas anteriores, y una escasa presencia de cerámicas vinculadas a los C.U.

## 12. LA TRANSICION DEL B.F. III AL HIERRO I

En el período de tiempo que va desde el 750 hasta el 650 encontramos una serie de transformaciones en el territorio en estudio que es interesante destacar.

Desde la zona del Cinca asistimos a una expansión a un territorio hasta ahora marginal y deshabitado como los Monegros (Maya, en prensa); puede citarse como ejemplo el asentamiento en altura del Tozal de los Regallos (Querre, 1977), y una cabaña sita en

llano a 500 m del mismo, ambos casos parecen testimoniar una ocupación corta datada entre el 700 y el 650 (Ruiz Zapatero, 1985).

En el Bajo Aragón encontramos (Alvarez, en prensa) hacia el 700 la destrucción del poblado P II de Palermo, que volverá a ocuparse, y el surgimiento de asentamientos de nueva planta de claro carácter defensivo como Loma de los Brunos, Siriguarach, Fila de la Muela. También a este momento parece corresponder Pompeya, en Samper de Calanda, aun cuando la datación de C14 es algo anterior (Herce, 1985).

Las nuevas formas cerámicas de vasijas globulares con cuello cilíndrico, con dominio de superficies lisas, las encontraremos a lo largo de toda la ribera del Ebro; las prospecciones realizadas en la Huerva por Burillo, en el Jalón por Pérez, en el Huecha por Royo y en el Cidacos por Pascual, indican el inicio de un intenso poblamiento. Pero es interesante observar lo que ocurre en asentamientos anteriores. Hacia el 700 se sitúa la destrucción del PIIIb de Cortes, surgiendo el PIIIa con anterioridad al 650. El hecho de que el nuevo poblado presente muralla de adobes, junto con la aparición de las nuevas formas cerámicas llevó a Maluquer a relacionarlo con la llegada de nuevos grupos étnicos. Pero al igual que ocurre con el Castillar de Mendavia, donde también se señala una destrucción en esta época, se vuelve a habitar sobre el mismo poblado, perviviendo técnicas constructivas y algunas de las formas cerámicas. También Partelapeña presenta un nivel III que corresponde al asentamiento que ha proporcionado el conjunto característico de sus cerámicas y que tiene su momento álgido en el 700, su destrucción es violenta y la nueva ocupación que se fecha en la segunda mitad del siglo VII supone, como en los casos anteriores, una continuidad con innovaciones.

Quedan en el Hierro I configurados distintos territorios en el valle del Ebro con personalidad específica, siendo sus necrópolis uno de los aspectos mejor conocidos (Royo, en prensa). El núcleo oscense del Alcanadre-Segre queda enraizado con las etapas anteriores, e influenciando sus necrópolis tumulares hasta las Cinco Villas, todavía mal conocidas. El Bajo Aragón, que debe entenderse hasta Gandesa, presenta sus característicos enterramientos tumulares de grandes cistas, a la par que acusa con anterioridad a otras zonas el impacto colonial. Un área que comprende el Bajo Jalón, Huecha y Ribera de Rioja-Navarra, se caracteriza por recibir el ritual incinerador en este período, desarrollando un característico sistema de pequeños túmulos de adobe (Pérez, en prensa). Interfiriendo con esta zona, en la parte del Alto Ebro encontramos una especial utilización del grafito en la cerámica (Sáenz, 1983; Werner, 1987), empleándose como elemento decorativo. En la Serranía turolense hallazgos como la Tejada de Bezas, Almohaja (Ortego, 1952), Cabezo de la Cisterna (Atrián, 1986), muestran la mezcla de influencias de C.U. con las tradiciones de excisa y boquique, apareciendo elementos nuevos como la cerámica pintada que se vincula con la Meseta. El Alto Jalón y Jiloca Medio, en las necrópolis de Arcóbriga y Umbría, con presencia de elementos del H. II, se relaciona con el área limítrofe de Soria y

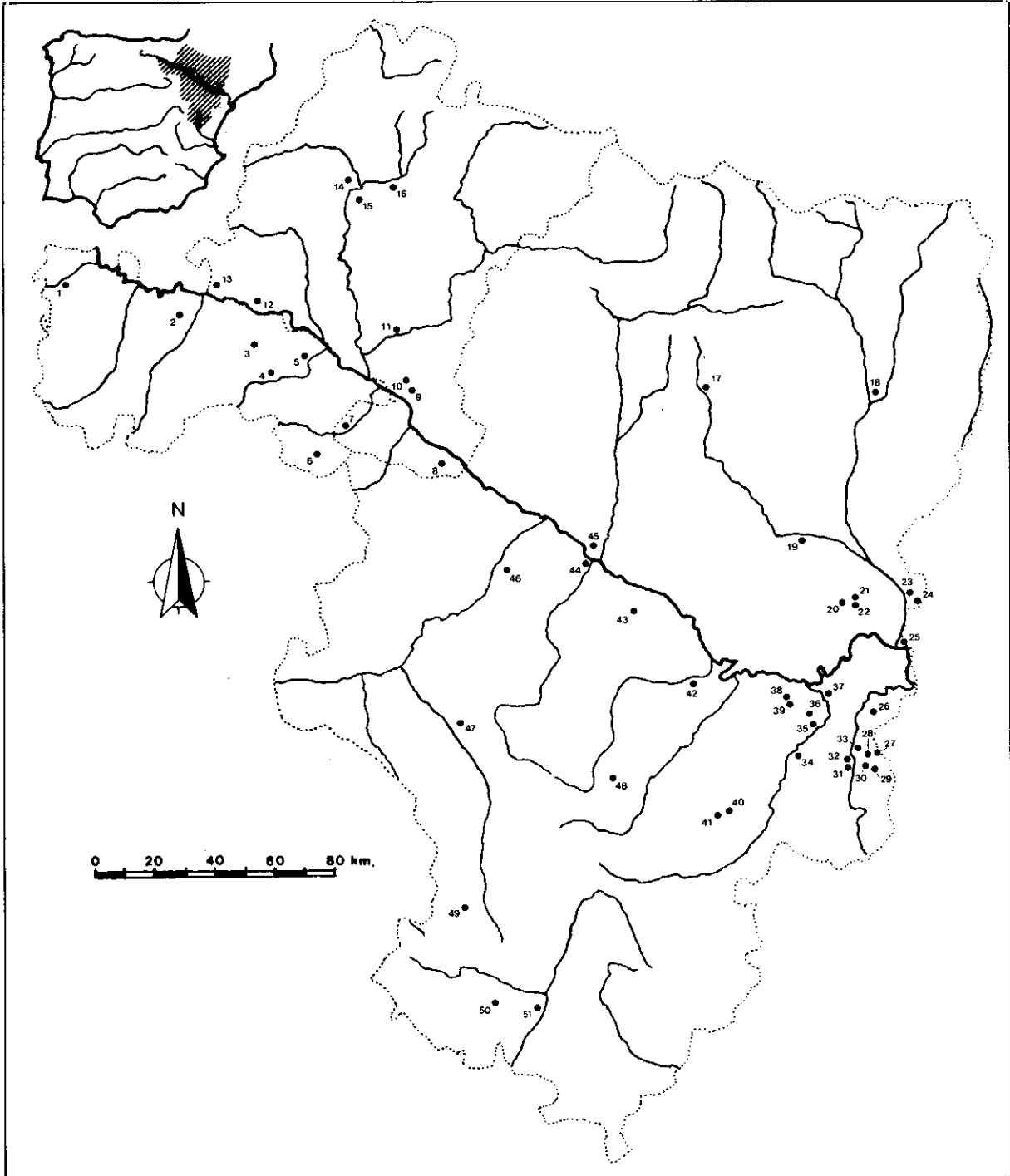


FIG. 5. *Bronce Final II-Hierro I. Catas y Excavaciones.* 1. Llana de Herramelluri; 2. Santa Ana de Entrena; 3. Partelapeña del Redal; 4. San Miguel de Arnedo; 5. Sorbán de Calahorra; 6. Inestrillas; 7. Peña del Saco de Fitero; 8. Alto de la Cruz y la Atalaya de Cortes de Navarra; 9. Castejón de Arguedas; 10. Torraza de Valtierra; 11. Santacara; 12. Castillar de Mendavia; 13. Custodia de Viana; 14. Echauri; 15. Sansol de Muru Astrain; 16. Casco Viejo de Pamplona; 17. Avda. Martínez de Velasco de Huesca; 18. Cueva del Moro de Olvena; 19. Valletas de Sena; 20. Valdeladrones de Candanos; 21. Tosal de los Regallos de Candanos; 22. Regallos de Candanos; 23. Zafrales de Fraga; 24. Masada de Ratón de Fraga; 25. Castelleis de Mequinenza; 26. Roquizal del Rullo de Fabara; 27. Mas de Flandí de Calaceite; 28. Tossal Redó de Calaceite; 29. Villalonc de Calaceite; 30. Clota de Calaceite; 31. Escondines Bajas de Calaceite; 32. Escondines Altas de Calaceite; 33. San Cristóbal de Mazaleón; 34. Cabezo del Cuervo de Alcañiz; 35. Cascarujo de Alcañiz; 36. Loma de los Brunos de Caspe; 37. Cabezo Monleón de Caspe; 38. Palermo de Caspe; 39. Zaforas de Caspe; 40. Fila de la Muela de Alcorisa; 41. El Morenillo de Alcorisa; 42. Cabezo Alcalá de Azaila; 43. Castellazos de Mediana; 44. Zaragoza; 45. Castillo Miranda de Juslibol; 46. Cabezo de Ballesteros de Epila; 47. Umbria de Daroca; 48. San Jorge de Plou; 49. Acacia Gorda del Molino de Almohaja; 50. Tajada de Bezas; 51. Muela Pequeña del Rajo de Teruel.

Guadalajara. Territorios como los Pirineos nos son desconocidos, planteándose la pervivencia de rasgos anteriores; en la zona navarra (Barandiarán y Vallespi, 1984) se sitúa en la Primera Edad del Hierro la presencia de cromlech con incineraciones, manifestando una continuidad en la actividad económica de sus predecesores megalíticos. La existencia en Leguin Chiqui de sepulturas de adultos inhumados, que se vinculan al contexto cultural del poblado de la I Edad del Hierro, lleva a Castiella (1977, 21; 1988) a defender para este yacimiento la pervivencia de la inhumación; sin embargo, dada la situación y características de las tumbas, debe comprobarse si no se trata de inclusiones posteriores.

### 13. EL HIERRO I Y EL INICIO DE LA IBERIZACION (PREIBERICO E IBERICO ANTIGUO)

Recientes estudios (M. Beltrán, 1980; Burillo, 1987a; Pellicer, 1982, 1985; Ruiz Zapatero, 1983-84; 1983-85; Sanmartí, 1975, 1978; Sanmartí y Padró, 1976-78) coinciden en aceptar la formación de la cultura ibérica como un proceso paulatino de transformación de las comunidades del Hierro I. Uno de los territorios mejor conocidos es el de la cuenca del Matarraña, donde se ha podido observar cómo el proceso se inicia en el s. VII. Actuarían no sólo las relaciones que se establecen con los pueblos colonizadores, inicialmente fenicios pero sustituidos paulatinamente y especialmente a partir del 500 por los griegos, sino también con otras comunidades indígenas que se han adelantado en dicho proceso.

La Arqueología ha detectado la llegada a las comunidades del Hierro I de productos suntuosos: objetos de hierro, fibulas, probablemente asociadas a vestidos, vasijas en su doble función de cerámica de lujo y de recipiente de productos varios: perfumes, vinos, aceites, etc. Los cambios que se producirán no serán solamente culturales. Las comunidades indígenas sufrirán transformaciones socioeconómicas para la producción de los excedentes necesarios en los intercambios de estos productos, asistiremos a una mayor estratificación social, de cuya jerarquización tenemos testimonios en el ritual funerario de la tumba de les Ferreres, en Calaceite. A una primera fase de llegada de productos le sigue inmediatamente otra donde se copia la tecnología, como se observa en la imitación de formas cerámicas, adquisición de torno y, de especial importancia, la explotación del hierro.

Respecto a los territorios en los que se producen estas primeras transformaciones, los estudios señalados se centran, en su mayor parte, en el Matarraña. En su real valoración no debe olvidarse la concentración de excavaciones pertenecientes a estos momentos y recordar cómo los únicos testimonios correspondientes al preibérico son los escasos hallazgos del Piuró del Barranc Fondo, San Cristóbal de Mazaleón y Tossal Redó de Calaceite (Sanmartí y Padró, 1976-78, 162). Las ausencias de información en otros territorios pueden cambiar cuando se profundice en este tema, así en zonas a las que la falta de investigaciones había llevado a considerar como retardatarias, caso del

territorio oscense, recientemente Prada ha encontrado cerámica fenicia, en concreto en el término de Zaidín (Maya, en prensa). Otras rutas distintas del Ebro comienzan a valorarse en una temprana iberización, así el Mijares, en cuyo curso alto se ha localizado un alfar ibérico en producción en el siglo V, lo que augura el hallazgo de testimonios más antiguos, nada extraño por la facilidad de comunicación con el Mediterráneo, y la situación de Vinarragel en su desembocadura. Pero no sólo las rutas del Este serían capitales, debe tenerse en cuenta el eje Sur-Norte, tal como se está demostrando en territorios próximos como la margen derecha de la cuenca media del Duero (Sacristán, 1986), donde ya se ha localizado cerámica del Ibérico Antiguo. No debe olvidarse la importancia de rutas tradicionales de trashumancia, como las que todavía hoy siguen vigentes comunicando la zona de Jaén con la Serranía de Albarracín, así como la potencialidad que va a adquirir el tramo central del Sistema Ibérico por la gran concentración de mineral de hierro.

### 14. EL INICIO DEL HIERRO II Y LA RUPTURA EN EL PROCESO DE IBERIZACION

Se ha podido comprobar cómo a lo largo de la cuenca del Ebro la transición del Ibérico Antiguo al Pleno se realiza de forma traumática, produciéndose un momento de ruptura que se manifestará en el cambio de patrones de asentamiento y del ritual funerario.

Se puede señalar que buena parte de los poblados del C.U. del Hierro, que han comenzado el proceso de transformación cultural y socioeconómica que debería haberles conducido a la plena época ibérica, se ven interrumpidos en su desarrollo como lo demuestra la destrucción y, en algunos casos, un aparente abandono pacífico de sus poblados, siendo verdaderamente anecdótico aquellos casos, que volverán a ocuparse en el Ibérico Pleno. Por otra parte, es altamente significativo, pero lógico dada la magnitud de la ruptura, que exista una transformación del ritual funerario. Tomás Maigi (1960, 58) en su tesis sobre los túmulos del Bajo Aragón ya hizo hincapié en la inesperada interrupción de estos enterramientos.

Así, en el Bajo Aragón encontramos yacimientos que desaparecen en un período de tiempo comprendido entre mitad del siglo VI y principios del V. En el Matarraña: El Roquízal del Rullo de Fabara (Ruiz Zapatero, 1979, 278), Las Escondines Altas (Pellicer, 1962, 54), San Cristóbal y El Piuró del Barranc Fondo de Mazaleón y El Tossal Redó de Calaceite (Sanmartí y Padró, 1976, 78), junto con las necrópolis de Mas de Flandí, Les Ferreres y Mas de Roig de Calaceite; en el Guadalope: probablemente el Cabezo de Monleón y Zaforas de Caspe (Ruiz Zapatero, 1983-85), La Loma de los Brunos de Caspe y su necrópolis (Eiroa, 1983), El Cabezo de Cascarujo de Alcañiz y su necrópolis (Sanmartí, 1984), Siriguarach (Ruiz Zapatero, 1982), El Morenillo de Alcorisa (Alvarez, 1981), Fila de la Muela de Alcorisa (Alvarez *et al.*, 1981), Tarraceras I de Mas de las Matas (Ruiz

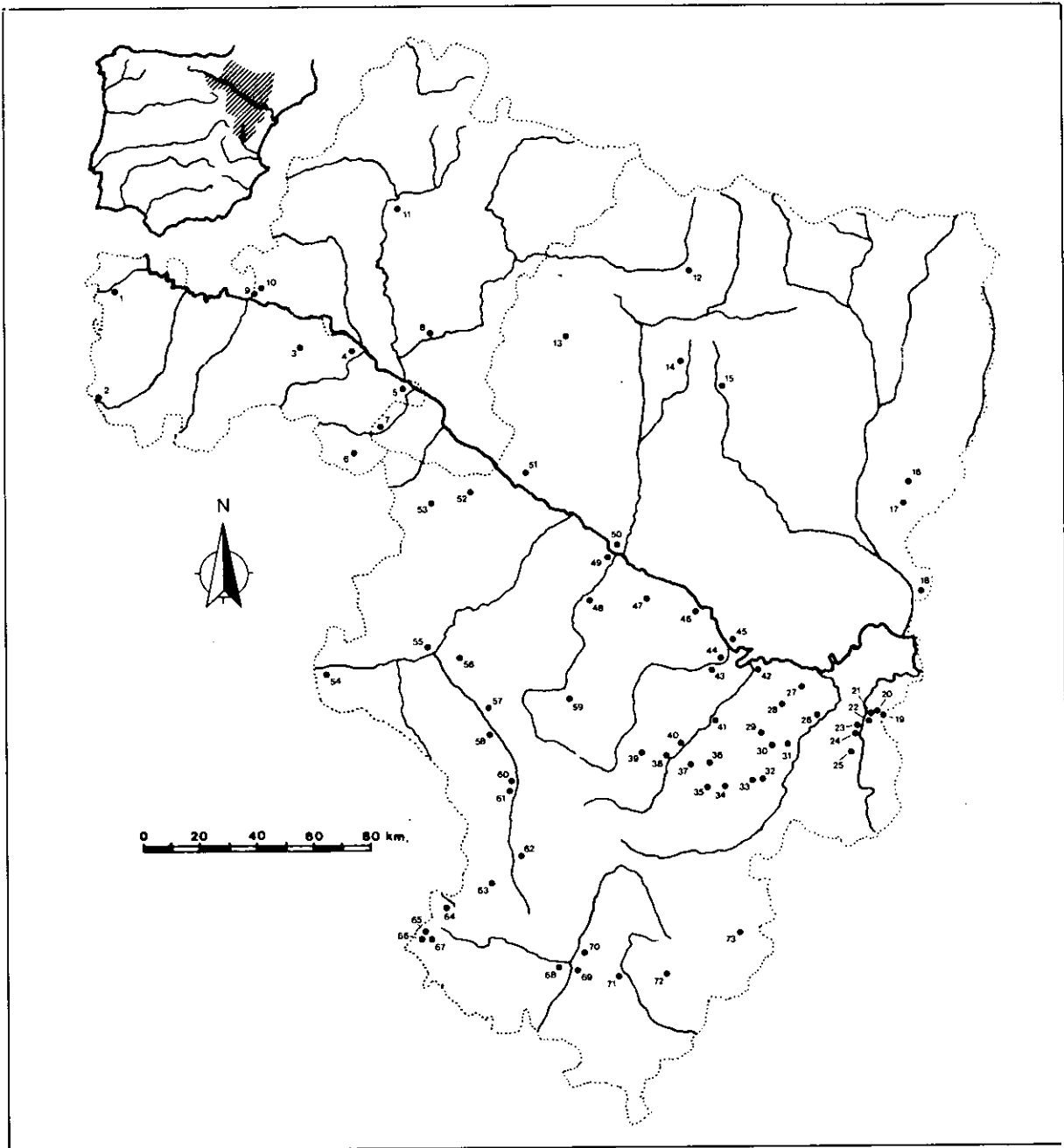


FIG. 6. *Hierro II. Catas y Excavaciones.* 1. Llana de Herramelluri; 2. Canales de la Sierra; 3. Partelapeña del Redal; 4. Calagurris; 5. Gracurris; 6. Contrebia Leukade; 7. Peña del Saco de Fitero; 8. Santacara; 9. Cantabria de Logroño; 10. Custodia de Viana; 11. Sansol de Muru Astrain; 12. Iaca; 13. Poyo de los Bañales de Uncastillo; 14. Betance de Bolea; 15. Bolsca; 16. Oriols de San Esteban de la Litera; 17. Vispesa de Tamarite de la Litera; 18. Pilaret de Santa Quiteria; 19. La Gessera de Casseres; 20. San Antonio de Calaceite; 21. Ombries de Calaceite; 22. Castellans de Cretas; 23. Piuró del Barranc Fondo de Mazaleón; 24. Torre Cremada de Valdetormo; 25. Tossal Gort de Maella; 26. Tiro de Cañón de Alcañiz; 27. Tallada de Caspe; 28. Cabezo del Moro de Alcañiz; 29. Taratrato de Alcañiz; 30. Palao de Alcañiz; 31. Alcañiz el Viejo de Alcañiz; 32. Olmo de Foz Calanda; 33. Mas de Moreno de Foz Calanda; 34. Cabezo de la Guardia de Alcorisa; 35. Cabecico de Oliveros de Alcorisa; 36. Castillo de la Cerrada de Andorra; 37. Castellillo de Alloza; 38. Palomar de Oliete; 39. Torrazas de Plou; 40. San Pedro de Oliete; 41. Cabezo de Cantalobos de Albalate; 42. Cabezo de Muel de Escatrón; 43. Cabezo de Alcalá de Azaila; 44. Romana de la Puebla de Híjar; 45. Celsa; 46. Lagine; 47. Castellazos de Mediana; 48. Contrebia Belaiska; 49. Salduie; 50. Castillo Miranda de Justibol; 51. Valdetaust de Tauste; 52. Bursau; 53. Oruña de Veruela; 54. Arcobriga; 55. Bilibis Itálica; 56. Sekaisa; 57. Umbria de Daroca; 58. Cerro Redondo de Daroca; 59. Castellares de Herrera de los Navarros; 60. Esteban del Poyo del Cid; 61. ¿Orosis?; 62. Cerrao del Tío Borao de Singra; 63. Puntal del Tío Garrillas de Pozondón; 64. Castellar de Orihuela; 65. Montón de Tierra de Griegos; 66. Cuarto de Griegos; 67. Cabecico de los Moros de Griegos; 68. Alto Chacón de Teruel; 69. Avda. de América de Teruel; 70. Vicarios de Valdecebro; 71. Mas de Valero de Formiche Bajo; 72. Cueva del Coscojar de Mora de Rubielos; 73. Osicrda de Mosqueruela.

Zapatero y Martín, 1982) y en el Martín de Cabezo Redondo de Urrca de Gaen (Atrián *et al.*, 1980, 230). En otros poblados, como El Castellillo de Alloza, se ha señalado un nivel del siglo VI (Ruiz Zapatero, 1983-85, 470), sobre el que se superpondría el poblado ibérico de nueva planta, también en el Cabezo Alcalá de Azaila existe un claro hiatus entre el hábitat del Hierro I, al que corresponde la necrópolis, y el asentamiento ibérico (M. Beltrán, 1984, 127).

Pero esta ruptura se halla testimoniada en otros puntos del valle medio y alto Ebro: como las necrópolis de La Codera de Chalamera (Maya, 1981), el Busal de Uncastillo (Burillo, 1977), la Dehesa de Quinto de Ebro (Ferreruela y Royo, 1985), El Cabezo de la Cruz de la Muela (Burillo y Fanlo, 1979), el Castillo Miranda de Juslibol (Fatás, 1974) que volverá a ocuparse en época ibérica; en el río Huecha: el Cerro de la Cueva del Esquilar de Borja, Morredón y Burrén-Burrena de Frescano y probablemente la Cruz de la misma localidad (Aguilera y Royo, 1978), cuyo final se pone en relación con el PIIb de Cortes de Navarra. Entre otros yacimientos navarros habría que citar las necrópolis de la Atalaya de Corte, Torraza de Valtierra, el Castillar de Mendavia, el de Lodosa, Castro Leguín de Echauri y el nivel inferior de la Custodia de Viana que como Peña del Saco de Fitero volverán a ocuparse con posterioridad (Castiella, 1977). Y en la zona riojana Sorban y La Marcú de Calahorra, el Cerro del Haya en Villar de Maya (Pascual y Pascual, 1984) y Partelapeña de El Redal que tendrá un nuevo asentamiento en época ibérica (Alvarez y Pérez, 1987). En las cronologías del Alto Ebro deben tenerse en cuenta las dataciones absolutas proporcionadas por la Hoya que obligan a dar mayor antigüedad a la llegada del torno a estos territorios.

Esta ruptura debe explicarse (Burillo, en prensa) dentro de los acontecimientos socioeconómicos que se suceden entre la segunda mitad del siglo VI y primera del V en el Mediterráneo Occidental, y que encontramos tanto en los pueblos colonizadores, como en distintos territorios de la Península, en donde el más antiguo testimonio parece corresponder a la desaparición de Tartessos. También es interesante señalar cómo hacia el 475 se sitúa en Europa Central y Francia la desaparición de la gran aristocracia hallstática y el inicio de las pequeñas unidades políticas de la Tène, dando lugar a un importante movimiento de pueblos celtas que no llegan a la Península Ibérica. Dato éste de suma importancia porque indica que el substrato que dará lugar a los pueblos celtibéricos no debe vincularse con llegada de gentes en estos momentos.

## 15. EL IBERICO PLENO

Tras la ruptura comentada asistimos al surgimiento de un intenso poblamiento, buena parte del cual conocerá la llegada de Roma, configurando las etnias que nos vienen dadas en las fuentes escritas. Los cambios se dan en distintos aspectos como la cultura material con dominio de la cerámica a torno de técnica ibérica; desarrollo de un amplio utillaje férreo; surgimiento de vivienda con espacios muy comparti-

mentados; aumento de los sistemas defensivos, con mayor perfección en la construcción de la muralla, frecuente utilización de fosos e inclusión de torreón en el poblado, contribuyendo a un mayor control del territorio. En el aspecto funerario asistimos a la desaparición de los enterramientos tumulares, siendo las necrópolis, que se identifican como pertenecientes a este período, prácticamente desconocidas y limitadas al área celtibérica. El cambio en el patrón de los asentamientos no modifica la vinculación a los suelos productivos que encontramos en el período anterior. Aparecen poblados de nueva planta como el Tartrato (Burillo, 1982), o los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo, 1983), con urbanismo de calle central y un reparto equitativo del espacio dedicado a las casas, testimonio claro de su fundación *ex novo* por gentes desplazadas desde otros lugares.

El problema se plantea en descubrir las relaciones existentes con las comunidades anteriores, y si la ruptura social comentada ha repercutido también en una distinta distribución de las gentes que habitaban este territorio. En este terreno ya M. Beltrán (1976, 411) llamó la atención sobre el desdoblamiento de las tribus litorales, *ileraugates* y *eidetes* de Hecateo, que darían lugar a *ilergetes* e *ilecarvones*, y *sedetanos* y *ederanos*, respectivamente. Este testimonio, que podía ser un reflejo de la crisis señalada implicaría una distinta configuración durante el Ibérico Pleno de las gentes que poblaron el valle medio del Ebro, con una lógica incidencia en movimientos no constatados en las fuentes escritas pero que sin duda debieron producirse. Sólo de esta forma se puede explicar que la gran similitud cultural, social y económica que encontramos en los C.U. del Hierro del valle medio y alto Ebro, que comienzan a iberizarse, configure a partir del ibérico pleno unos cambios tan rotundos en aspectos tan importantes como la lengua y la religión, como los que nos muestran los grupos étnicos de época histórica. Ya señalamos en otra ocasión (Burillo, 1987) cómo en el territorio próximo del curso alto del Jalón y Henares existía una continuidad en algunas de las necrópolis, que desde fines del siglo VII llegaban hasta el siglo II a.C. Continuidad que explicaría la del substrato celtibérico de esta zona, hecho que ha vuelto a corroborarse en el Jiloca, donde Aranda (en prensa) ha descubierto en la necrópolis de la Umbría de Daroca al menos cuatro niveles evolutivos.

## 16. EL PASO DE LA SOCIEDAD TRIBAL A LA ESTATAL

Se puede señalar que será a partir del siglo III cuando las comunidades del valle del Ebro comenzarán a transformar la sociedad tribal en sociedad estatal, hecho vinculado al surgimiento de la ciudad como elemento jerarquizador del territorio, y que debemos situar con anterioridad a la llegada de Roma (Burillo, 1986a). El problema se plantea en descubrir la relación existente entre etnias, ciudades y estados.

La aparente unidad por la que se cita a los celtiberos como protagonistas de acontecimientos en los inicios de la conquista romana no debe entenderse



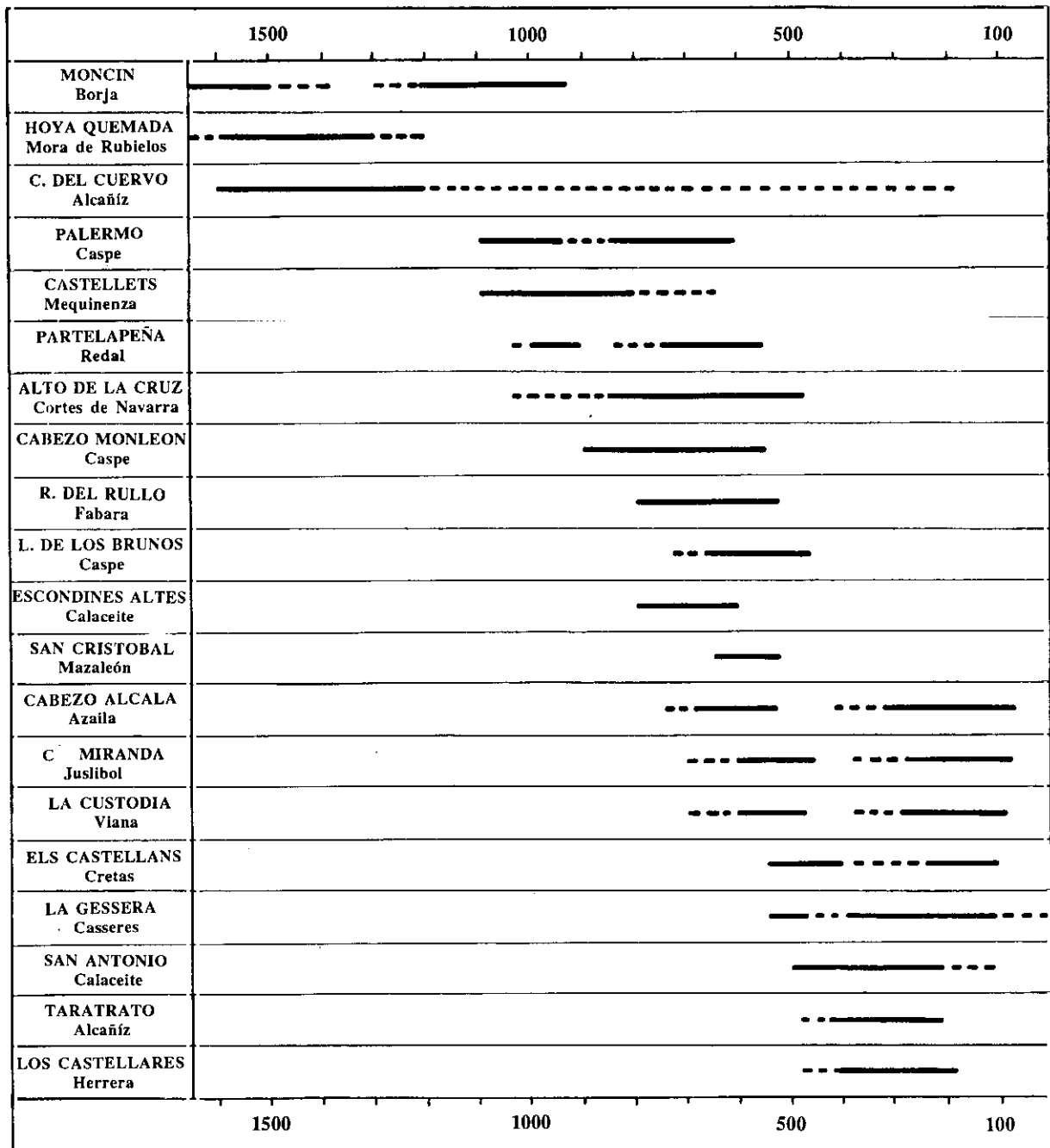


FIG. 7. Secuencias cronológicas.

como una unidad política, sino una mención del todo por la parte ante el desconocimiento de los escritores clásicos de las gentes o territorios concretos a los que se referían, sólo a partir del 184 empiezan a aparecer diferencias de los mismos. Agrupaciones que se señalan de miles de guerreros, o referencias a alianzas entre etnias deben entenderse como actuaciones frente a un enemigo común, Roma, en las que no sabemos si queda involucrada toda etnia o no, ya que en el momento en que surge la ciudad ésta se convierte en la entidad política responsable y por lo tanto con capacidad decisoria.

Así, las alianzas que las fuentes citan de belos y arévacos en el 154 no sólo surgen como una sociedad ante el enemigo común, sino que se señala la elección de dos caudillos, planteándose la posibilidad de que éstos no representen a las dos etnias, sino a dos de sus ciudades: Segeda y Numancia. La falta de unidad del grupo en las actuaciones la encontramos cuando tan sólo dos años después, en el 152, belos y titos se citan como aliados de Roma, quejándose de los ataques de los arévacos; la referencia en estos acontecimientos (Polibio, 35, 2), a que los aliados son recibidos en el senado romano separadamente por ciudades, es una

clara muestra de que si bien existe una agrupación étnica, en ella las ciudades tienen un poder de decisión independiente.

En nuestros conocimientos actuales, en este territorio hasta que no surge la ciudad no tenemos una verdadera estructura jerarquizada del poblamiento. Por otra parte, los datos que tenemos (arqueológicos, fuentes escritas, fuentes indígenas), confluyen en definir la ciudad como el centro que organiza el territorio, con autonomía en la emisión de documentos públicos, téseras de hospitalidad o de acuñar monedas. Sin embargo, este último desarrollo se halla parejo a la conquista romana y alcanza su máxima expresión cuando todo el territorio se halla conquistado. Por ello, si bien desde los patrones de asentamiento conocemos bien su distribución en el valle medio del Ebro, el territorio por ellas controlado sólo se percibe a través de la aplicación de modelos teóricos como los Polígonos de Thiessen; queda por estudiar cómo se estructura el poblamiento contemporáneo de inferior categoría.

No obstante, las investigaciones realizadas sobre este proceso evolutivo que culmina con la ciudad, han demostrado la posibilidad de encontrarnos ante unidades territoriales de mayor amplitud que la que se desprende del mosaico de ciudades que se distribuyen por el valle del Ebro. Si se hace un análisis de la dispersión que presentan las ciudades que acuñan únicamente plata (Burillo, en prensa b), se demuestra que, territorialmente, se comportan como verdaderos centros jerárquicos de primera categoría respecto a otras ciudades que quedan englobadas en territorios de mayor amplitud. Una primera lectura indicaría que en ciertos casos no se cumple la relación de etnia con ciudad que acuña plata, dado que en casos concretos encontramos, aparentemente, a dos de estas ciudades dentro de una etnia, caso de Beligiom y Sekaisa en los belos, o de Ilerda y Bolsam en los ilergetes. Desconocemos qué criterios de selectividad han llevado a que unas ciudades sean las responsables de estas emisiones monetales, ¿es una distribución racional del territorio impuesta por Roma en un control económico impositivo del territorio conquistado?, o trasciende una entidad anterior. Hay un hecho que puede plantearse como hipótesis y es la posible mayor antigüedad de las ciudades que acuñan plata respecto de las que no lo hacen. De ser así podemos encontrar con que estas ciudades representan a los primeros centros urbanos surgidos antes de la intervención romana, marcando por lo tanto la primera fase de transformación de la sociedad tribal en estatal, sin que ello implique la relación de una etnia con una ciudad centro. La posterior emisión de plata podría basarse en esta primera organización, sin embargo, pueden intervenir otros criterios que podrían explicar algunas aparentes contradicciones: como que *Sedeiscen*, ciudad que por su nombre parece evidenciar la primera capitalidad surgida en la etnia sedetana, carezca de emisión de plata; hecho que no ocurre en

otra ciudad con posible vinculación al nombre de etnia como es el caso de *Bascunes*.

La documentación posterior parece mostrar de forma clara que las ciudades se comportan autónomamente, y salvo la diferencia señalada de acuñaciones no existen criterios para pensar en una centralización de las ciudades, que reflejen territorialmente la conversión de una etnia en una entidad estatal.

## ADDENDA

Desde el momento en que se presentó este trabajo hasta la corrección de las primeras pruebas, se han sucedido una serie de investigaciones y publicaciones que obviamente no pueden recogerse; sin embargo, es necesario hacerse eco de algunos acontecimientos de especial trascendencia. El primero corresponde a la aparición en el verano de 1992, en la ciudad de *Contrebia Belaisca*, de un nuevo y extenso bronce actualmente en proceso de restauración, cuyo estudio por un equipo interdisciplinar será sin duda de gran trascendencia para el conocimiento del mundo celtibérico. El segundo corresponde al artículo de J. R. Harrison y G. Moreno, 1990, Moncín: una secuencia cultural de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza), *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV, Borja, pp. 13-28; en el que se replantea la cronología y adscripción cultural de este yacimiento, debido a la detección de un error sistemático en la elaboración de las fechas radiocarbónicas del laboratorio del Museo Británico, por el que las fechas más recientes son 250-400 años más antiguas, lo cual conlleva a que el yacimiento de Moncín pase de ser la referencia obligada del Bronce Tardío en la zona de contacto del Sistema Ibérico y el valle del Ebro a convertirse en un hito clave para el conocimiento de las características del Bronce Pleno y Antiguo y su conexión con el Eneolítico Tardío.

## Abreviaturas

AA	Arqueología Aragonesa
AEA	Archivo Español de Arqueología
AIEC	Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans
BAP	Bajo Aragón Prehistoria
BSAA	Boletín del Seminario de Arte y Arqueología
CEBOR	Cuadernos de Estudios Borjanos
CIAP	Coloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá
CNA	Congreso Nacional de Arqueología
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España
EHABM	Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán
EPA	Encuentros de Prehistoria Aragonesa
MZB	Museo de Zaragoza Boletín
NAC	Noticario Arqueológico Hispánico
SC	Simposium sobre los Celtiberos
TP	Trabajos de Prehistoria

## BIBLIOGRAFIA

- I. Aguilera Aragón 1980. El yacimiento protohistórico del "Cabecico Aguilera" en Agón (Zaragoza), *CESBOR*, V, Borja, pp. 83-118.
- E. Aguilera y Gamboa (Marqués de Cerralbo) 1909. *El Alto Jalón*, Madrid.
- I. Aguilera e I. Royo 1978. Poblados hallstáticos del valle del Huecha. Contribución al Estudio de la I Edad del Hierro, *CESBOR*, 2, Borja, pp. 9-44.
- I. Aguilera, J. A. Paz y J. I. Royo 1984. Dos fechas radiocarbónicas para la Protohistoria en la ciudad de Zaragoza. Gavín y Sepulcro, *MZB*, 3, Zaragoza, pp. 101-112.
- I. Aguilera, J. Paz, J. A. Pérez y J. I. Royo 1986. Dos fechas de C-14 para la Prehistoria, en la ciudad de Zaragoza. El hábitat del Bronce Final de Gavín-Sepulcro, *AA*, 1984, Zaragoza, pp. 139-140.
- M. Almagro Basch 1939. La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica, *Ampurias*, I, Barcelona, pp. 138-158.
- 1942. La necrópolis céltica de Griegos, *AEA*, XV, 47, Madrid, pp. 104-113.
- 1952. La invasión céltica en España, *HEMP*, 1, vol. II, Madrid.
- M. Almagro, A. Beltrán y E. Ripoll 1956. *Prehistoria del Bajo Aragón*, Zaragoza.
- M. Almagro Gorbea 1977. El Pic dels Corbs de Sagunto y los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica, *Saguntum*, 12, Valencia, pp. 89-141.
- 1978. Las dataciones para el Bronce Final y la Edad del Hierro y su problemática, *C 14 Prehistoria de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 101-109.
- M. Almagro Gorbea y D. Fernández Galiano 1980. *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo*, Madrid.
- A. Alvarez 1981. El Morenillo de Alcorisa, en Excavaciones realizadas en la Provincia de Teruel durante el año 1980, *Kalathos* 1, Teruel, p. 98.
- e.p. El Bronce Final y el Hierro Inicial en la región aragonesa, *Estado actual de la Arqueología en Aragón*, Zaragoza.
- A. Alvarez y J. A. Bachiller 1982. Urbanismo prerromano en tierras de Caspe, *BAP*, IV, Caspe, Zaragoza, pp. 61-79.
- P. Alvarez y C. L. Pérez 1987. *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el valle Alto y Medio del Ebro*, Logroño.
- T. Andrés y G. Moreno 1985. Yacimiento "El Castillo" (Frias de Albarracín), *AA*, 1985, Zaragoza, pp. 45-49.
- A. Aranda e.p. Necrópolis celtibéricas del valle del Jiloca, *Congreso Necrópolis Celtibéricas*, Daroca.
- A. Arribas 1976. Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el SE de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, Granada, pp. 139-157.
- O. Arteaga 1976. Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas. Aproximación a la valoración de los elementos autóctonos, 2, *CIAP*, Puigcerdá, pp. 13-30.
- P. Atrián 1966. Excavaciones en el poblado ibérico de El Castellillo (Alloza, Teruel). Cuarta y quinta campañas, *Teruel*, 36, Teruel, pp. 155-207.
- 1974. Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frias de Albarracín, *Teruel*, 52, Teruel, pp. 7-32.
- 1976. El yacimiento ibérico del Alto Chacón (Teruel), *EAE*, 92, Madrid.
- 1986. El Cabezo de la Cisterna de Alba (Teruel). Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, *EHABM*, Zaragoza, pp. 409-427.
- P. Atrián y J. Vicente 1982. El Palomar (Oliete). Excavaciones Arqueológicas. 1982, *Teruel*, 68, Teruel, pp. 259-264.
- P. Atrián, J. Vicente, C. Escriche y A. I. Herce 1980. *Carta Arqueológica de España*. Teruel, Teruel.
- J. Azcona 1988. «Etnia», A. Aguirre (ed.) *Diccionario temático de Antropología*, PPU, Barcelona, pp. 308-314.
- V. Baldellou y P. Utrilla 1985. Nuevas dataciones de radiocarbono de la Prehistoria oscense, *Trabajos de Prehistoria*, 42, Madrid, pp. 83-95.
- A. Balil 1972. *Casa y Urbanismo en la España Antigua I*, *Studia Arqueológica* 17, Valladolid.
- I. Barandiarán y E. Vallespi 1984. *Prehistoria de Navarra*, Pamplona.
- V. Bardaviu 1918. *Estaciones prehistóricas y poblados desiertos recientemente descubiertos y estudiados en varias localidades de la provincia de Teruel*, Zaragoza.
- 1926. Los poblados ibéricos de Alcañiz en la cuenca del Guadalope y en la del Regallo o Valmuel, *Boletín de la Academia de las Ciencias de Zaragoza*.
- V. Bardaviu y R. Thouvenot 1930. *Fouilles dans la Région d'Alcañiz: I. Alcañiz el Viejo, II. El Palaó, III. El Cabezo del Moro*, Bordeaux.
- M. Barril 1985. Cerámica de la Edad del Bronce en tres yacimientos de la provincia de Huesca, *Bolskan*, 2, Huesca, pp. 35-76.
- M. Barril y G. Ruiz Zapatero 1980. Las cerámicas con asas de apéndice de botón del NE. de la Península Ibérica, *TP*, 37, Madrid, pp. 182-219.
- M.<sup>a</sup> A. Beriguistain 1982. Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto valle del Ebro, *TAN*, 3, Pamplona, pp. 59-156.
- F. Beltrán Lloris y L. Sancho 1979. Consideraciones acerca de la población antigua de la mitad meridional de los conventos Caesaraugustano y Tarracónense, *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 307-322.
- M. Beltrán Lloris 1976. *Arqueología e Historia de las Ciudades Antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Mon. Arq. 19, Zaragoza.
- 1977. Una celebración de Ludi en territorio de Gallur XIV, *CNA*, Zaragoza, pp. 1061-1070.
- 1980. Fenicios, griegos e iberos, en Canellas, A. (Dir.), *Aragón en su Historia*, C.A.I., Zaragoza, pp. 46-53.

- 1984. Nuevas aportaciones a la cronología de Azaila, *MZB*, 3, Zaragoza, pp. 125-152.
- 1985. *Celsa*, Diputación General de Aragón.
- 1987. Dir., *Arcóbriga*, Zaragoza.
- 1987. Problemas cronológicos de la Celtiberia aragonesa, I, *SC*, Zaragoza, pp. 19-42.
- A. Beltrán Martínez 1951. La investigación arqueológica en Aragón, *PSANA*, 1, Zaragoza, pp. 9-36.
- 1962. Dos notas sobre el poblado hallstático del cabezo de Monleón: I. La planta. II. Los kernoi, *Caesaraugusta*, 19-20, Zaragoza, pp. 7-21.
- 1974. *Aragón y los principios de su historia. Síntesis de Arqueología Aragonesa*, Universidad de Zaragoza.
- 1976-78. Problemática general de la iberización en el valle del Ebro, *Ampurias*, 38-40, Barcelona, pp. 197-209.
- 1978. *De Arqueología Aragonesa*, I, Zaragoza.
- 1980. (Dir.), *Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas*, I, Zaragoza.
- 1982a. Excavaciones arqueológicas en Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza, 1980), *NAH*, 14, Zaragoza, pp. 319-364.
- 1984. Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón, *MZB*, 3, Zaragoza, pp. 23-101.
- 1985. (Dir.), *Historia de Aragón*, Guara Editorial, Zaragoza.
- A. Beltrán, M.<sup>a</sup> A. Díaz y M. M.<sup>a</sup> Medrano 1987. Informe de la campaña de 1985 en el yacimiento arqueológico del Cabezo de las Minas de Botorrita (Zaragoza), *AA* 1985, Zaragoza, pp. 95-99.
- J. A. Benavente Serrano 1985. Un fragmento cerámico de Cogotas I procedente del Cabezo del Cuervo (Alcañiz), *BAP*, VI, Caspe, Zaragoza, pp. 241-244.
- 1985-86. Prospecciones en el Cabezo Sellado. Alcañiz (Teruel), *Kalathos*, 5-6, Teruel, pp. 9-31.
- J. Bona, J. J. Royo e I. Aguilera 1979. Primera Campaña de excavaciones arqueológicas en Bursau, Borja (Zaragoza), *CESBOR*, III, Borja, pp. 35-85.
- P. Bosch Gimpera 1913-14. Campaña arqueológica de l' Institut d'Estudis Catalans al límit de Catalunya y Aragón (Caseres, Calaceit y Massalió), *AEIC*, Barcelona.
- 1915-20. L'Estat actual de la investigació de la cultura ibèrica, *AEICX*, VI, Barcelona, pp. 671 y ss.
- 1921. Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica, *Boletín de la Sociedad Española Excursionista*, XXIX, pp. 248-301.
- 1923. Notes de Prehistòria Aragonesa, *Bulleti de l'Associació Catalana d'Antropologia i Prehistòria*, t. 1, Barcelona, pp. 15-68.
- 1944. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.
- P. Bruhl y Paris 1932. *Excavaciones en el Cabezo de Cascarujo, término de Alcañiz*, *MJSEA*, 121, Madrid.
- E. Burges 1883. Noticias, *BRAH*, III, Madrid, p. 210.
- F. Burillo 1977. Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en «El Busal» (Uncastillo), Zaragoza, *Estudios*, III, Zaragoza, pp. 51-67.
- 1980. *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza.
- 1982. El urbanismo del poblado ibérico. El Tratado de Alcañiz, *Kalathos*, 2, Teruel, pp. 47-66.
- 1983. *El poblado de época ibérica y yacimiento medieval: «Los Castellares» (Herrera de los Navarros, Zaragoza)*, Zaragoza.
- 1986a. *Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro* (Comunicación presentada al Congreso Peninsular de Historia Antigua, de Santiago de Compostela, 1-5 de Julio de 1986), Teruel.
- 1986b. Sobre el territorio de los Lusones, Belos y Titos en el siglo II a.C., *EHABM*, Zaragoza.
- 1987a. Introducción al poblamiento ibérico de Aragón, *Iberos*, Jaén, pp. 77-98.
- 1987b. Sobre el origen de los celtiberos, I *SC*, Zaragoza.
- e.p. La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón, II, *EPA*, Caspe.
- e.p.b. Evolution of the Iberian and Roman towns of the middle Ebro valley, *La struttura agricola romana nel Mediterraneo: il contributo della ricognizione archeologica*, Roma.
- (Dir.), *Carta Arqueológica de Aragón*, D.G.A.
- F. Burillo y J. Fanlo 1979. El yacimiento del Cabezo de la Cruz en La Muela (Zaragoza), *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 39-95.
- F. Burillo y J. Picazo 1986. *El poblado del Bronce Medio de la Hoya Quemada*, Teruel.
- e.p. Contribución al origen del poblamiento con estructuras estables en el valle medio del Ebro, *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe (1986).
- E. Cabré y J. A. Morán 1984. Notas para el estudio de las espadas de tipo Arcóbriga, *JCEH*, Zaragoza, pp. 151-162.
- J. Cabré 1929. *Azaila*, Actas del IV Congreso Internacional de Arqueología, Barcelona.
- 1944. *Cerámica de Azaila, Museos Arqueológicos de Madrid, Barcelona y Zaragoza*. Corpus Vasorum Hispanorum, Madrid.
- 1983-84. San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel, Tomo 1), *Kalathos* 3-4, Teruel, pp. 18-49.
- A. Canellas 1980. *Aragón en su Historia*, CAI, Zaragoza.
- J. Caro Baroja 1946. *Los pueblos de España*, Barcelona.
- 1971. La realeza y los reyes de la España Antigua, *Estudios sobre la España Antigua*, 17, Madrid, pp. 51-159.

- 1988. *Sobre el mundo ibérico-pirenaico*, San Sebastián.
- P. Casado y Hernández 1979. Materiales del Bronce Final de la cueva de los Lagos (Logroño), *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 627-632.
- A. Castiella 1977. *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.
- 1979. Memoria de los trabajos arqueológicos realizados en el poblado protohistórico de El Castillo (Mendavia), *TAN*, 1, Pamplona.
- 1985. El Castillar de Mendavia. Poblado protohistórico, *TAN*, 4, Pamplona, pp. 65-143.
- 1987. Nuevos datos sobre la Protohistoria de Navarra, *Primer Congreso General de Historia de Navarra*, pp. 229-238.
- 1988. Asentamientos prehistóricos de Sansol (Muru-Astrain, Navarra). Memoria de excavación 1986-87, *TAN*, 7, Pamplona, pp. 145-220.
- M.<sup>a</sup> L. Cerdeño y R. García Huerta 1982. Avance de la estratigrafía protohistórica de la Coronilla (Molina de Aragón, Guadalajara), *NAH*, 14, Madrid, pp. 255-299.
- D. L. Clarke 1984. *Arqueología Analítica*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- A. Coffyn 1979. La ceramique excise dans l'Ouest de la France. Su diffusion en Espagne, XV, *CNA*, Zaragoza, pp. 631-648.
- M. Cura y E. Sánchez 1987. Un poble pre-romà mal conegut. Els Bergusi o Beguiristain de l'interiour. Estat de la qüestió històrica i arqueològica, *JJAR*, Granollers, pp. 13-21.
- L. Díez Coronel y R. Pita 1968. Urbanismo y materiales del poblado de Masada de Ratón en Fraga, *Caesaraugusta*, 31-32, Zaragoza, pp. 101-128.
- A. Domínguez, M.<sup>a</sup> A. Magallón y M.<sup>a</sup> P. Casado 1984. *Carta Arqueológica en España*. Huesca. Huesca.
- J. J. Eiroa. 1983. IV Campaña de excavaciones en La Loma de los Brunos (Caspé), *MZB*, 2, Zaragoza, pp. 210-211.
- 1985. Los inicios del hábitat permanente en la comarca de Caspé, *BAP*, V, Caspé, pp. 105-119.
- J. J. Eiroa y J. A. Bachiller 1985. Informe de la IV Campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspé (Zaragoza), *Bajo Aragón. Prehistoria*, VI, Zaragoza-Caspé, pp. 147-192.
- B. Erdelyi, I. Kasa, F. Burillo y Z. Kiraly e.p. Thermoluminescence dating of the "Mas de Valero" sites (Formiche Bajo, Teruel, Spain), *25 th. Symposium on Archaeometry*, Atenas, 1986.
- U. Espinosa 1981. *Estudios de Bibliografía Arqueológica Riojana: Prehistoria e Historia Antigua*, Logroño.
- 1984. *Calagurris lulia*, Calahorra.
- U. Espinosa y A. González 1978. El cerro de Santa Ana (Entrena, Logroño) y su datación C-14, *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*, Fundación March, Madrid, pp. 111-113.
- G. Fatás 1973. *La Sedetania. Iberización y romanización de las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*, Zaragoza.
- 1974. Los Sedetanos como instrumento de Roma: la importancia y significación de la Salduie ibérica en la romanización de la cuenca del Ebro, *Homenaje a Pío Beltrán. Anejos de AEA*, VII, Madrid-Zaragoza, pp. 105-119.
- 1986. Apuntes para la comprensión del poblamiento antiguo en Cinco Villas, *Actas de las Jornadas de Estudio sobre las Cinco Villas*, I, Ejea, pp. 7-18.
- 1987a. Apunt sobre els ilergets i llurs terres occidentals, *Fonaments*, 6, Barcelona, pp. 11-22.
- 1987b. Notas sobre el territorio vascón en la Edad Antigua, *Actas del IV CLCP, Veleia*, 2-3, Vitoria, pp. 383-397.
- 1987c. Apuntes sobre organización política de los celtíberos, I, *SC*, Zaragoza, pp. 9-18.
- s.a. Los pueblos antiguos del Pirineo aragonés, *Cuad. de Zaragoza*, 34.
- M. Faust 1979. Tradición lingüística y estructura social. El caso de las gentilidades, *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, pp. 435-452.
- A. Fernández Avilés 1956. Excavaciones en Logroño (1945). Monte Cantabria y El Redal, *Berceo*, 40, Logroño, pp. 329-343.
- A. Ferrerueta e I. Royo 1985. Un nuevo yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámica acanalada, en el valle medio del Ebro: "Las Dehesas", Quinto de Ebro, Zaragoza. XVII *CNA*, Zaragoza, pp. 357-370.
- V. Fuster 1985. Los pueblos prerromanos del Alto Aragón: Notas para su estudio, XVII, *CNA*, Zaragoza, pp. 611-621.
- J. Galiay 1945. *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza.
- P. Galve y S. Andrés 1983. Excavaciones arqueológicas en Varea. Tercera campaña, I, *CHR*, Logroño, pp. 107-126.
- O. Gil Farres 1952. Excavaciones en Navarra. Cortes II. Campaña de 1947 a 1949, *Príncipe de Viana*, 46 y 47, Pamplona, pp. 9-40.
- 1953. Excavaciones en Navarra, II. Campañas realizadas en el Alto de la Cruz de Cortes de Navarra entre 1950 y 1952, *Príncipe de Viana*, 50 y 51, Pamplona, pp. 9-46.
- T. Gimeno Fabregat 1976. *Aproximación histórico-arqueológica a la llercavonia desde la iberización hasta la romanización*. (Resumen de la Tesis doctoral), Barcelona.
- A. González Blanco 1982. La ciudad protohistórica de Sorbán, *Exposición de Arqueología Calagurritana*, Calahorra, pp. 7-29.
- M.<sup>a</sup> C. González Rodríguez 1986. *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, Vitoria.
- J. Guilaine 1972. *L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Rousillon, Ariège*, Memoires de la Societé Prehistorique Française, 9.

- R. J. Harrison, G. Moreno y A. J. Legge 1987. Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I), *NAH*, 29, Madrid, pp. 7-102.
- J. J. Hatt 1961. Chronique de Protohistoire V. Une nouvelle chronologie de l'Age du Bronze Final. Exposé critique du système chronologique de H. Müller-Karpe, *BSPF*, LVIII, 3-4, pp. 184-195.
- A. I. Hecce 1985. Datación por C14 del poblado de Pompeya (Samper de Calanda, Teruel), *MZB*, 4, Zaragoza, pp. 47-62.
- J. A. Hernández Vera 1982. *Las ruinas de Inestrillas. Estudio Arqueológico*, Logroño.
- 1983. Difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el valle del Ebro, I, *CHR*, Logroño, pp. 65-89.
- P. Jacob 1987-88. Un doblot dans la géographie livienne de l'Espagne antique: Les Ausetans de l'Èbre, *Kalathos* 7-8, Teruel, pp. 135-147.
- A. Jimeno Martínez 1984. *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campanas de 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*, E.A.E., 134, Madrid.
- A. Jimeno 1986. Elementos de relación entre la zona riojana y el Alto Duero en el Eneolítico y Edad del Bronce, II, *CHR*, Rioja, pp. 41-53.
- E. Junyent 1987. El poblamiento ibérico en el área ilergeta, *Iberos*, Jaén, pp. 57-65.
- A. Llanos, J. M. Apellániz, J. A. Agorreta y J. Fariña 1975. El Castro del Castillo de Henayo, *EAA*, 8, Vitoria, pp. 87-129.
- A. Llanos et alii. 1983. *Museo de Arqueología de Alava*, Vitoria.
- 1983. *La Hoya, un poblado del primer milenio antes de Cristo*, Vitoria.
- L. Mair 1986. *Introducción a la antropología social*, Alianza Universidad, 8.ª ed., Madrid.
- J. Maluquer 1942. Las cerámicas con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del nordeste de la Península, *Ampurias*, IV, Barcelona.
- 1953. La necrópolis de la Edad del Hierro de la Torraza, en Valtierra (Navarra), *Príncipe de Viana*, 52 y 53, Pamplona, pp. 243-266.
- 1954. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, Pamplona.
- 1958. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*, Pamplona.
- 1965. Notas estratigráficas del poblado celtibérico de Fitero (Navarra), *Príncipe de Viana*, 100-101, Pamplona, pp. 331-342.
- J. Maluquer, F. Gracia y G. Munilla 1988. Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campanas 1986-87, *TAN*, Pamplona, pp. 326-330.
- J. Maluquer y L. Vázquez de Parga 1956. Avance del estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra, *Príncipe de Viana*, 65, Pamplona, pp. 389-454.
- P. Marco 1980. El poblamiento primitivo, A. Canellas, dir., *Aragón en su Historia*, Zaragoza, pp. 40-45.
- 1987. Informe de los trabajos realizados en el yacimiento el El Palao (Alcañiz, Teruel), *AA 1985*, Zaragoza, pp. 111-112.
- A. Marcos Pous 1987. *Trabajos arqueológicos en la Libia de los Berones*, Logroño.
- M. A. Martín Bueno 1975. *Bilbilis. Estudio Histórico-Arqueológico*, Zaragoza.
- 1977. *Aragón arqueológico: Sus rutas*, Zaragoza.
- 1980. Los Castillos de Almantes, *Papeles Bilbilitanos*, Calatayud, pp. 7-15.
- M. Martínez 1982. Cabezo de La Guardia (Alcorisa). Excavaciones Arqueológicas, 1982, *Teruel*, 68, Teruel, pp. 265-270.
- J. L. Maya 1976. Las necrópolis tumulares ildenses, 2, CIAP, Puigcerdá, pp. 83-96.
- 1981. La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca, I *Reunión Prehistoria Aragonesa*, Huesca, pp. 129-163.
- 1986. Cerámicas excisas y de boquique en el nordeste peninsular, 6.ª *Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá*, Puigcerdá, pp. 103-113.
- e.p. El Bronce Final-Hierro inicial en la zona septentrional del valle medio del Ebro, *Segundos Encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe.
- J. L. Maya y M. A. Petit. El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, Murcia, pp. 49-72.
- C. Mazo, M. L. Montes, J. M. Rodanes y M. C. Sopena. Hallazgos arqueológicos en el Cinca medio I. El término de Estiche, *Bolskan*, 3, Huesca, pp. 31-64.
- M.ª A. Mezquiriz 1975a. Hallazgos prerromanos en Pamplona, XIII *CNA.*, Zaragoza, pp. 729-736.
- 1975b. Primera campaña de excavaciones en Santacara (Navarra), *Príncipe de Viana*, 138-39, Pamplona.
- F. Molina y O. Arteaga 1976. Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, Granada, pp. 175-214.
- F. Montón, P. Castaños e I. Arenal 1988. Zafranales, un asentamiento musulmán y un hábitat del Bronce, *Annales*, V, Barbastro, pp. 69-165.
- G. Moreno y T. Andrés 1987. Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja, Zaragoza). Campaña de 1985, *AA 1985*, Zaragoza, pp. 61-64.
- F. Nocete 1984. Jefatura y territorio: una visión crítica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, Granada, pp. 289-304.
- T. Ortego 1952. Celtas en tierras de Soria y Teruel II, *CNA*, Cartagena, pp. 285-296.
- F. Pallares 1965. *El poblado ibérico de San Antonio de Calaceite*, Bordighera (Barcelona).
- A. Panyella y J. Tomás Maigi 1946. Prospecciones arqueológicas en Sena (Huesca), *Ampurias*, VII-VIII, Barcelona, pp. 91-114.

- P. Paris y V. Bardaviu 1926. *Fouilles dans la region d'Alcañiz (Province de Teruel): I Le Cabezo del Cuervo, II Le Tartrato*, Biblioteque de l'Ecole des Hautes etudes Hispaniques, fasc. XI, 1, Paris-Burdeos.
- J. M.<sup>a</sup> Pascual y J. M.<sup>a</sup> Gajate 1986. Sobre la ciudad berona de Varia, II, *CHR*, I, Logroño, pp. 113-116.
- P. y H. Pascual 1984. *Carta Arqueológica de la Rioja, I. El Cidacos*, Logroño.
- M. Pellicer 1957. Zaforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa, en Caspe, V, *CNA.*, Zaragoza, pp. 138-156.
- 1982. La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del Nordeste Hispano, *Habis*, 13, Sevilla, pp. 211-237.
- 1984. La problemática del Bronce Final-Hierro del Nordeste Hispano: Elementos de substrato, *Scripta Praehistorica. Francisco Jorda Oblata*, Salamanca, pp. 399-430.
- 1985. Primeros ensayos urbanos en la comarca de Caspe, *BAP*, V, Caspe, pp. 121-129.
- 1985. El problema de la cerámica excisa del Ebro XVII, *CNA*, Zaragoza, pp. 347-356.
- 1987. Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración del valle medio del Ebro, *APL*, XVII, Valencia, pp. 157-175.
- M.<sup>a</sup> J. Pérex Agorreta 1986. *Los Vascones*, Gobierno de Navarra.
- C. Pérez Arrondo 1985. Eneolítico-Bronce en el Ebro Medio: Algunos problemas arqueológicos, XVII, *CNA.*, Zaragoza, pp. 15-20.
- C. L. Pérez Arrondo 1986. Algunos datos para el estudio de la Edad en los Metales en el valle del Ebro Medio, *EHABM*, Zaragoza, pp. 267-283.
- J. A. Pérez Casas 1987. Las sepulturas de adobe en la necrópolis de incineración del Cabezo de Ballesteros de Epila. Zaragoza, *AA*, 1985, Zaragoza, pp. 81-84.
- 1988. La necrópolis del Cabezo de Ballesteros, en *Celtíberos*, Zaragoza, pp. 81-84.
- e.p. Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón, *Congreso Necrópolis Celtibéricas*, Daroca.
- R. Pita Merce 1958. Localizaciones arqueológicas en el Bajo Cinca, *Argensola*, 35, Huesca, pp. 215-226.
- J. Querre 1978. Fouilles Archeologiques à Candanos (Huesca). Le Tosal de los Regallos, *Ilerda*, XXXVII, Lérida, pp. 7-14.
- F. Quesada 1989. Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas, *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13, Teruel, pp. 111-120.
- J. Rey 1987. La población prehistórica del interfluvio Flumen-Alcanadre, *Bolskan*, 4, Huesca, pp. 87-122.
- A. Rodríguez Colmenero 1979. Augusto e Hispania. Conquista y organización del Norte peninsular, *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 7.
- J. L. Rodríguez Duque 1987. Els Pirineus a les fontes classiques, 2, *CIAP* (1976), pp. 315-319.
- I. Royo 1986. El yacimiento de los Castelletts y su necrópolis tumular de inhumación e incineración (Mequinzena, Zaragoza), *AA*, 1984, Zaragoza, pp. 47-53.
- e.p. Las necrópolis de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico, *Congreso Necrópolis Celtibéricas*, Daroca.
- G. Ruiz Zapatero 1979. El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón, *TP*, 36, Madrid, pp. 247-287.
- 1980. Las cerámicas excisas del valle del Ebro y sus relaciones con el S.W. de Francia, *Oskitania*, I, Bordeaux, pp. 37-64.
- 1981. Cerámicas excisas de la Primera Edad del Hierro en Aragón, *Turiaso II*, Tarazona, pp. 11-32.
- 1982. Cerámica de Cogotas I en la Serranía Turolense (La Muela de Galve), *BAP*, IV, Caspe, Zaragoza, pp. 80-83.
- 1982. El poblado prehistórico de Siriguarach (Alcañiz, Teruel), *Teruel*, 67, Teruel, pp. 23-54.
- 1983-84. El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y Cataluña interior, *Kalathos*, 3-4, Teruel, pp. 51-70.
- 1983-85. *Los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica*, Univ. Complutense, Madrid.
- 1985. Una cabaña de Campos de Urnas en los Regallos (Candanos, Huesca), *Bolskan*, 2, Huesca, pp. 77-109.
- G. Ruiz Zapatero y A. Martín Costea 1982. Las Terraceras I (Mas de las Matas, Teruel): un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, *Kalathos*, 2, Teruel, pp. 7-31.
- J. D. Sacristán 1986. Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero, *BSAA*, LII, Valladolid, pp. 205-213.
- F. Sáenz 1983. Estudio de las cerámicas grafitadas en yacimientos alaveses, *EAA*, 11, Vitoria, pp. 387 y ss.
- M. D. Sahlins 1972. *Las sociedades tribales*, Barcelona.
- A. C. Sánchez y M. Unzu 1985. *Prehistoria y Edad del Hierro en Navarra*, Pamplona.
- L. Sancho Roquer 1981. *El convento Jurídico Caseraugusto*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- E. Sanmartí Grego 1975. Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, Castellón, pp. 87-130.
- 1987. Les cultures protohistòriques de la comarca del Matarranya: un estat de la qüestió, *Fonaments. Prehistòria i Mon Antic als Països Catalans*, 1, Barcelona, pp. 121-149.
- 1984. Notas sobre el poblado protohistórico del Cabezo de Cascarujo, en Alcañiz (Teruel), *Información Arqueológica*, 42, Barcelona, pp. 28-41.
- E. Sanmartí y J. Padró 1976-78. Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas

- meridionales de Cataluña, *Ampurias* 38-40, Barcelona, pp. 157-176.
- A. Schulten 1933. Segeda, *Homenagen a Martins Sarmiento*, Guimaraes, pp. 373-375.
- 1934. *Bilbilis, la patria de Marcial*, Zaragoza.
- N. Sentenach 1918. Excavaciones en Bilbilis, *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, Madrid.
- B. Taracena 1926. Noticias de un despoblado junto a Cervera del Río Alhama, *AEAA*, Madrid, pp. 137-142.
- 1929. *Excavaciones en la provincias de Soria y Logroño*, Madrid.
- 1933. Tribus celtibéricas Pelendones, *Homenajem a Martins Sarmiento*, Guimaraes.
- 1940-41. La antigua población de la Rioja, *AEA*, XIV, Madrid, pp. 157-176.
- B. Taracena y L. Vázquez de Parga 1943. Excavaciones en Navarra, I. Exploración del Castejón de Arguedas, *Príncipe de Viana*, 11, Pamplona, pp. 129-159.
- 1945. Excavaciones en Navarra, II. Una prospección en los poblados de Echaurre, *Príncipe de Viana*, 19, Pamplona, pp. 185-206.
- 1946. Excavaciones en Navarra IV. Exploración del poblado celtibérico de Fitero, *Príncipe de Viana*, 23, Pamplona, pp. 225-235.
- J. Tomas Maigi 1959. Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica, *Caesaraugusta*, 15-16, Zaragoza, pp. 129-159.
- 1960. Elementos Estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica (Conclusión), *Caesaraugusta*, 15-16, Zaragoza, pp. 41-98.
- J. Uroz 1982. ¿Turboletas o turdetanos, en la guerra de Sagunto?, *Lucentum*, 1, Alicante, pp. 173-182.
- J. Vicente Redón 1982. Cabezo del Cuervo (Alcañiz), en Excavaciones Arqueológicas realizadas en la provincia de Teruel durante 1982, *Teruel*, 68, Teruel, pp. 243-252.
- J. Vicente, C. Escriche y P. Punter 1985. Las construcciones defensivas del poblado ibérico del "Cabezo San Pedro" (Oliete, Teruel), *MZB*, 4, Zaragoza, pp. 63-93.
- J. Vicente y C. Escriche 1980. Restos de una necrópolis ibérica en Singra (Teruel), *Teruel*, 63, Teruel, pp. 89-114.
- J. Vicente, P. Punter, C. Escriche y A. I. Herce 1986. *La ciudad celtibérica de "La Caridad" (Caminreal, Teruel)*, Teruel.
- P. Vilar 1980. *Introducción al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona.
- S. Vilaseca 1947. El Campo de Urnas de Les Obagues de Montsant y la evolución de la cultura de las Urnas en el SW. de Cataluña, *AEA*, 20, Madrid.
- M.<sup>a</sup> A. Villacampa Rubio 1980. *Los berones según las fuentes escritas*, Logroño.
- S. Werner 1987-88. Consideraciones sobre la cerámica con decoración grafitada de la Península Ibérica, *Kalathos*, 7-8, Teruel, pp. 185-194.